



## PERIÓDICO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS, ETC.

Madrid 20 de Enero de 1874

PRECIOS DE SUSCRICION				
	MADRID	PROVINCIAS	PORTUGAL	EXTRANJERO
Un año.....	35 pst.	38 pst.	8.000 reis	60 frs.
Seis meses.....	18 »	20 »	4.500 »	31 »
Tres meses.....	10 »	10,50 »	2.500 »	16 »
Un mes.....	3,50 »	4 »	800 »	»

DIRECTORES	
LITERARIO.....	D. CAYETANO ROSELL.
ARTÍSTICOS.....	D. Francisco Sans. D. Carlos Capúz.
DE MÚSICA.....	D. Francisco A. Barbieri.
DE MODAS.....	Sra. Baronesa de Wilson.

	PRECIOS DE SUSCRICION		
	CUBA Y PUERTO-RICO	FILIPINAS	AMÉRICAS NO ESPAÑOLAS
Un año.....	14 ps. fs.	17 ps. fs.	15 ps. fs.
Seis meses.....	7,50 » »	9 » »	8 » »
Tres meses.....	4 » »	5 » »	4,50 » »

Año I Fundadores propietarios: BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA de Astort hermanos Núm. 3

### ADVERTENCIAS

Por un descuido hijo de la precipitacion con que se hicieron los trabajos del primer número de LA ILUSTRACION UNIVERSAL, dejó de advertirse en él que el retrato del señor don Juan Eugenio Hartzenbusch se dibujó por el original al óleo del Sr. D. Vicente Palmaroli, que existe en la Galeria del Ateneo Científico y Literario de esta capital, á cuya docta é ilustre Corporacion somos deudores del singular obsequio que nos hizo permitiéndonos copiarlo para insertarlo grabado en nuestro periódico.

Con el presente número recibirán nuestros suscritores el figurin iluminado que les hemos ofrecido.

Con motivo de los acontecimientos de Barcelona, Cartagena y Portugaleta, hemos mandado á dichos puntos colaboradores artisticos para que reproduzcan los sucesos más notables; y esperamos poderlos ofrecer á nuestros abonados en el número próximo.

### ÍNDICE

TEXTO.—CRÓNICA EXTRANJERA, por don Eduardo de Mier.—IDEM INTERIOR, por don Antonio Alcalá Galiano.—LA GUERRA CIVIL, por don Antonio Pirala.—Don Antonio Hurtado, por don Rafael de Nieva.—Una noche en el valle, por don Manuel Elizaburu.—Grabados de este número.—El Manco de Lepanto, episodio de la vida de Miguel de Cervántes Saavedra (continuacion), por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—La guerra en España (conclusion), por don José G. de Arteche.—La Momeria (artículo II), por don F. A. Barbieri.—CRÓNICA TEATRAL, por don Rafael de Nieva.—Poesía: A América, por don Ernesto García Ladevese.—Modas: CRÓNICA SEMANAL, por la Baronesa de Wilson.—EXPLICACION DE LOS FIGURINES.

GRABADOS.—Retrato de don Antonio Hurtado.—Escena amorosa en Cuba (polar la pava).—El tinajero[murciano].—¡A los toros!... exterior de la plaza de Granada.—Apuntes del Monseny (tomados del natural por el Sr. Padró).—Tipos populares: El pescadero malagueño.—Figurines.



DON ANTONIO HURTADO

## CRÓNICA EXTRANJERA

El suceso más importante ocurrido en Francia desde principios de año, es sin duda alguna la crisis ministerial provocada por el aplazamiento de la ley sobre los *maires*, por 268 votos contra 226, á propuesta en la Asamblea de M. de Franclieu. Los ministros presentaron en seguida su dimision, que no fué aceptada por el Presidente de la república, reservándose el tiempo necesario para deliberar.

Siendo desconocidos los nombres de los diputados que votaron en contra del Gobierno, no es tampoco fácil tarea la de indicar la proporcion en que ha contribuido á su derrota esta ó aquella fraccion de la Cámara. Sin embargo, la intervencion en este asunto de M. de Franclieu, de la extrema derecha, las opiniones descentralizadoras en materia de régimen municipal que profesa este partido, y que hizo triunfar en la ley de 14 de Abril de 1871, su desconfianza hácia M. de Broglie y hácia las ideas que representa, nunca del agrado de los legitimistas, y el interés que podian estos tener en oponerse á la votacion de una ley que dejaba al ministerio amplias facultades para nombrar nada ménos que 80.000 magistrados municipales, que acaso pudieran convertirse en otros tantos agentes electorales, nos explican hasta cierto punto el golpe inesperado sufrido por el ministerio de la república vecina.

Pero ya se atribuya esta derrota á las razones indicadas, ya á una sorpresa de la extrema izquierda y de la extrema derecha reunidas, ya á la ausencia de muchos diputados de la mayoría, cuyo número se hace subir hasta 200, el resultado y la enseñanza de estos incidentes extraordinarios de las Asambleas legislativas, parece ser sin duda alguna que, á semejanza de lo que sucede en la guerra cuando se encuentran frente á frente dos ejércitos enemigos, es preciso estar apercebidos siempre para la batalla, y contar tambien siempre con toda la hueste, porque el más leve descuido, la más ligera é indiscreta confianza, trae consigo de ordinario la caída de un Gobierno y la pérdida del campo.

El Mariscal Mac-Mahon, como todos los hombres sensatos del país vecino, no habrá dejado de comprender que derrotas de esa naturaleza producen, entre otros males gravísimos, una completa perturbacion en todas las esferas del Gobierno, suspendiendo ó aplazando la ejecucion de importantes reformas, perjudicando muchos y respetables intereses, soliviantando ambiciones y pasiones políticas, y llevando la inquietud y el desasosiego á todos los ámbitos de la república. De aquí que, segun parte telegráfico de Versalles del día 14, se haya apelado á una nueva votacion de la Asamblea sobre la enmienda presentada por la izquierda á la ley sobre los *maires*, que, segun dice dicho parte, ha sido rechazada por 356 votos contra 292, obteniendo el ministerio una mayoría de 64 votos.

En Roma, miéntras tanto, preocupados con las eventualidades que pudieran surgir en lo futuro del lado de Francia, reina un afan extraordinario por conciliarse á lo ménos su simpatía, como lo prueba un hecho que acaso en otra ocasion pudiera calificarse de insignificante; pero que en las actuales circunstancias, y recordando acontecimientos pasados, demuestra hasta la evidencia el ardiente deseo de Italia de borrar ciertos recuerdos, harto dolorosos para Francia. Con motivo de los funerales del coronel Delahaye, agregado á la legacion francesa en Roma, Víctor Manuel, queriendo dar un elocuente testimonio de su benevolencia actual á su antiguo aliado, ha dispuesto que asistan á esa ceremonia religiosa el príncipe Humberto, el presidente de la Cámara, todos los generales italianos residentes en Roma, los oficiales de la guarnicion, todo el cuerpo diplomático con sus agregados militares, y los empleados superiores del ministerio de Negocios Extranjeros, haciendo los honores militares las tropas de infantería con música y banderas. La crisis rentística sigue su curso en este país, y aunque, segun asegura una parte telegráfico de la Agencia Havas de 4 de Enero, se hayan puesto de acuerdo los representantes de los Bancos con el ministro de Hacienda y con la comision de la Cámara para la formacion de un sindicato, á causa de la emision de billetes de curso forzoso, es de esperar que continúe por mucho tiempo atormentando la imaginacion y apurando la paciencia de gobernantes y gobernados. Pío IX prosigue recibiendo felicitaciones y socorros de innumerables diputaciones católicas, las credenciales de los embajadores de otras potencias tambien católicas, y persiste siempre en sostener sus ideas y en desafiar los estragos del tiempo y de los años, y las iras de los potentados del siglo.

La lucha entre Bismark y el clero católico prusiano ha excitado tambien hasta tal punto el celo religioso de los ingleses, que se anuncia ya para el 27 del actual la celebracion de un numeroso *meeting* en Saint-James-Hall, á instigacion del conde Russell, para demostrar las simpatías que inspira á los protestantes ingleses la conducta del gobierno de Berlin. La Union Católica de la Gran Bretaña prepara, por su parte, la convocacion de otro gran *meeting* público, bajo la presidencia del duque de Norfolk, para manifestar las simpatías de los católicos ingleses hácia sus correligionarios alemanes.

La guerra contra los Achantes continúa en la Costa de Oro, y segun las últimas noticias de Cape-Coast-Castle, del 15 de Diciembre, el cuerpo principal de estos negros habia pasado el rio Prah en el mayor desorden, dejando en la ribera sus heridos y sus muertos, y pereciendo muchos al atravesarlo. Los puestos avanzados ingleses se extienden ya hasta las orillas del Prah, creyéndose que las tropas se pondrán en marcha para Cumacia á principios de Enero. Afírmase tambien que los últimos refuerzos llegados de Europa permanecerán en la mar hasta que la necesidad exija utilizar sus servicios. Razones importantes comerciales, aunque otra cosa digan los periódicos franceses, obligan á Inglaterra á llevar á cabo esta expedicion, que ha de asegurarse, si, como es de esperar, obtiene un feliz éxito, grandes y positivas ventajas. Hace ya mucho tiempo que los ingleses, ántes de resolverse á hacer gastos de sangre y de dinero, computan las mayores utilidades que han de producirles esos gastos. El comercio, como la política, exige tambien dolorosos sacrificios.

La enfermedad del Emperador de Prusia Federico Guillermo, con las alternativas ingénitas en toda dolencia crónica, y la clausura de las Cámaras, que no se abrirán hasta principios del próximo Febrero, influyen poderosamente en los sucesos del imperio de Prusia. Es de presumir, no obstante, que la contienda entre el Gobierno y el clero católico, en el estado de excitacion en que por desgracia se encuentran los ánimos, continuará dando sus funestos frutos y enconando las pasiones de los que mandan y de los que obedecen. En Posen, el 8 de Enero, y á petición del Tribunal creado para conocer de los asuntos eclesiásticos, ha sido citado el arzobispo Leclochowsky, para el 14 del mismo mes, ante el Tribunal de apelacion de la misma ciudad, para sufrir su primer interrogatorio. La *Gaceta Popular* del Schleswig anuncia tambien que, habiéndose negado el arzobispo á conferir un curato, el ministro de los Cultos ha embargado las rentas del prelado, que ascienden á 12.000 talers, desde el 1.º de Enero, hasta que el cura, con arreglo á la ley eclesiástica de 11 de Mayo de 1873, sea instalado en su cargo.

En Austria, como en casi todos los demás Estados de la Europa culta, el partido más liberal, impaciente por ver realizadas las reformas que, en su juicio, han de contribuir poderosamente al bienestar del país, no oculta su descontento observando la dilacion que sufren los proyectos de leyes llamadas confesionales. Imagínense que no son muy del agrado del Emperador, y suponen que no deja de influir en su ánimo el ascendiente del cardenal Rauscher, arzobispo de Viena, que ha sido en otro tiempo su preceptor. Hasta ahora, de los diez y siete proyectos de ley presentados, el Emperador no ha aprobado más que tres: el de registro civil, el de patronatos y el de los efectos de la conversion de los católicos á otra religion. Háblase tambien mucho en Viena del viaje del Emperador á San Petersburgo, que, segun se asegura, habrá de verificarse el 9 del próximo Febrero. Su ausencia durará dos semanas, y le acompañará en su expedicion el conde Andrassy.

Holanda continúa su guerra en las Indias con el Sultan de Athein: si ha de darse crédito á las noticias llegadas desde allá, ha habido entre ámbas partes beligerantes una verdadera batalla con pérdidas sensibles por ámbos lados. Los holandeses lograron, no obstante, su objeto, que era practicar un reconocimiento en Kraton, cerca de Kampoug. Esto ocurrió el 26 de Diciembre. Despachos oficiales posteriores (de 6 de Enero) afirman, que después no ha habido combate alguno, que el parque de artillería ha desembarcado felizmente abriéndose una paralela, y prosiguiendo los demás preparativos de ataque. Se van sometiendo algunos rajás, y la expedicion conseguiria quizás su objeto más fácilmente, si no se viese obligada á luchar con mortíferas enfermedades, que diezman las tropas de Holanda.

La *Gaceta oficial* de San Petersburgo dice que el hambré reina en los cinco distritos de Láncara, y publica al

mismo tiempo las medidas adoptadas por el Gobierno para evitarla. Con fecha 8 de Enero inserta tambien en sus columnas un rescripto del Emperador al ministro de Instruccion pública, ordenando que la aplicacion de las medidas relativas á la enseñanza popular se continúe regularmente en las provincias con el concurso de los mariscales de la nobleza. El Consejo del Imperio habia terminado el 9 del mismo mes el presupuesto para 1874, que presentará un excedente de ingresos de tres millones de rublos.

Sábese tambien de Dinamarca, con fecha de 7 del actual, que el Rey, al responder al mensaje del Volketin (Cámara popular), ha expresado su sentimiento al considerar que el fruto de los trabajos del Parlamento no corresponde, sino muy incompletamente, á la duracion de la legislatura. Declaró tambien que el conflicto en que el país se veía envuelto no era motivado por la fermentacion de ciertas clases de la sociedad, objeto principal de las preocupaciones del Gobierno, y á la cual se esfuerza en poner remedio favoreciendo todas las medidas que pueden contribuir al bienestar general. El Rey ha rehusado tambien formar un nuevo ministerio, esperando que el patriotismo de todos los partidos les obligará á hacer, en interés de la patria, el sacrificio necesario de sus disentiimientos especiales.

EDUARDO DE MIER.

## CRÓNICA INTERIOR

Dejamos á última hora en nuestra anterior crónica á la plaza de Cartagena entregada, y la *Numancia* emprendiendo su fuga con más de 2.000 presidiarios y los principales jefes de la insurreccion á su bordo. La escuadra leal le dió caza; pero su superior andar la hizo ponerse pronto fuera de tiro, y ha llegado sin novedad á las costas de Argel. Desembarcada la gente, cuya entrega será objeto de ulteriores negociaciones, se han hecho cargo del buque las autoridades de aquella colonia francesa, y su entrega, acordada desde luego, tendrá efecto en breve plazo, volviendo á formar parte de nuestra marina este importante buque acorazado, que ha dado, aunque no en ventaja de la patria, pruebas de ser uno de los mejores de su clase.

Otro buque de mucha menor importancia, tripulado por los insurrectos, el vapor *Darro*, ha sido apresado y conducido á Cartagena por el de igual chase de la armada *Alerta*.

Sobre la toma de la plaza y el mayor ó menor rigor con que serán tratados los que han caído en poder de las tropas, corren rumores que no nos atrevemos á acoger en nuestra crónica. Sea de ello lo que fuere, nosotros esperamos que no se asegurará la impunidad de los que tanto han contribuido á los males de la patria en estos últimos meses.

Coincidiendo casi con la caída de Cartagena, se ha sabido la entrada de la faccion carlista de Santés en Albacete. El brigadier Alemany, al frente de los escasos soldados de que disponia, unos 200, organizó la resistencia en algunos de los edificios de la ciudad, esperando ser socorrido por fuerzas que de Madrid y Cartagena debian acudir en su auxilio; pero la circunstancia de haber cortado la faccion la linea férrea, no permitió llegar á estas tropas sino cuando los defensores de Albacete habian capitulado, y los carlistas, después de realizadas importantes exacciones de hombres, armas, caballos y dinero, se habian retirado por no atreverse á sostener un encuentro en condiciones ya más desiguales.

Los sucesos de Barcelona y sus alrededores, últimas llamaradas de la insurreccion cantonal, han tenido un término satisfactorio para las autoridades constituidas. En Sanz y Sarriá, y en parte de la misma ciudad de Barcelona, el combate ha sido rudo, y la tropa ha tenido que batirse á pecho descubierto contra posiciones escogidas de antemano. Por esta razon las pérdidas del ejército han sido, si no tantas como pudiera esperarse dadas las condiciones del momento, al ménos muy sensibles, sobre todo si se considera que la sangre derramada por ámbas partes lo era, no en una guerra nacional, sino en una lucha fratricida.

Aun cuando en los primeros días de hallarse al frente del municipio de Madrid el señor marqués de Sardoal se

le atribuyó con insistencia el pensamiento de reorganizar la antigua Milicia radical desarmada el 23 de Abril, hubo siempre quien creyó, y según se ha visto después con razón, que no podía el Gobierno pensar, ni el Alcalde popular proponer, la reorganización de la fuerza ciudadana sobre otras bases que no fueran las de la ley de la Milicia forzosa, con arreglo á la cual ya están organizándose estas fuerzas en muchos puntos de la Península. Ni el Gobierno podía pensar en la reorganización de una fuerza cuyo espíritu en determinado sentido todo el mundo conocía y podía dar margen á graves inconvenientes, ni tampoco podía caerse en la contradicción de no aplicar en Madrid una ley que se está llevando á efecto en otros puntos, y pronto se realizará en todas partes.

Así sin duda ha debido creerlo el Gobierno, cuando el señor Alcalde popular ha publicado un bando, en que dicta las disposiciones oportunas para hacer efectivo, con arreglo á la ley, el alistamiento de la Milicia forzosa. Dura es la obligación que se impone á todos los ciudadanos de hacer un servicio, al cual, no tan sólo manifiestan muchos natural repugnancia, sino que ha de ocasionarles perjuicios y molestias innumerables; pero lo crítico de las circunstancias traídas por generales desaciertos y faltas anteriores, han hecho necesario éste y otros penosos sacrificios, que debemos aceptar con resignación y esperanza de que mejoren los tiempos.

Una orden publica hoy la *Gaceta*, que si tiene, como deseamos, debido cumplimiento, ha de producir el mejor efecto, no tan sólo en la clase militar, sino en el país entero. Se trata de una disposición del ministro de la Guerra excitando el celo de todos los Directores de las armas é institutos del ejército para que lleven á efecto con el mayor rigor y premura la revisión de las hojas de servicios, ya según parece repetidamente mandada, pero por lo visto no cumplida, y queden excluidos de los escalafones los que aparezcan reos de delitos comunes.

Este es un paso en el buen camino, que todo el mundo aplaudirá.

Los partes oficiales de los comandantes del vapor *Ferrolano* y de la goleta *Buenaventura*, nos dan á conocer que estos buques han prestado en la costa de Cantabria importantes servicios, sosteniendo en la ría de Bilbao á las guarniciones de Portugalete y demás puntos avanzados de dicha plaza; pero las averías que han tenido en sus cascos, causadas por la artillería carlista, les han obligado á abandonar su posición. Nuevas y más numerosas fuerzas navales, al mando del conocido jefe señor Sanchez Barcaistegui, deben dirigirse á la ría de Bilbao á reforzar y proteger á los valientes defensores de aquellas posiciones.

Las autoridades, en uso de las facultades de que se hallan revestidas, han dispuesto suspender por determinado plazo la publicación de varios periódicos. La que más ha llamado la atención de estas suspensiones, es la de *El Correo Militar*, considerado como el más genuino representante de las ideas y aspiraciones del ejército.

Corren, como sucede á menudo en Madrid, rumores de crisis ministerial. Se supone por algunos, que las encontradas aspiraciones de los más caracterizados jefes de la situación, darán lugar á un rompimiento. Hay, sin embargo, quien asegura, que dadas las críticas circunstancias del momento, todos los ministros se hallan dispuestos á sacrificar sus rencillas en aras de la concordia, para dedicarse al fin más alto de salvar la libertad y la patria.

Entre tan encontrados pareceres, ¿qué conviene creer? El tiempo es el que mejor puede sacarnos de dudas.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

## LA GUERRA CIVIL

### I

La rendición de Cartagena alivió á la causa liberal de una inmensa pesadumbre, y aclaró el horizonte político; pero han venido á enturbiarle algunas nubes, que amenazaron al principio terrible tormenta. Vencidos en las calles los federales de Barcelona, han ido muchos al campo, y lo que es peor, se han aliado también con los carlistas, é intentarán reproducir la guerra que en 1847 volvió á ensangrentar el Principado catalán, peleando de una parte los montemolinistas y republicanos juntos, y de la otra el Gobierno de doña Isabel II. Entónces, el 2 de Junio de aquel año, intentaron apoderarse de Vich, sin poderlo

conseguir, y ahora acaban de ser más afortunados, porque en una población de cerca de 15.000 almas, sólo unos pocos valientes han resistido 36 horas á un enemigo superior en fuerzas.

A no tener los federales entretenidas las fuerzas del ejército, hubiera sido auxiliado oportunamente Vich, se hubiera acudido á defender otras poblaciones, no entraran los carlistas en Caldas de Montbuy, abandonada por los voluntarios republicanos del Xich de las Barraquetas, y no tuviera lugar la horrible é inhumana hecatombe de Sarriá, casi á las puertas de Gerona, á cuatro kilómetros, pereciendo en las llamas los 19 movilizados que se guarecían en el fuerte. De tantas desgracias, de la abundante sangre liberal derramada por culpa de los que inconscientemente ó dañadamente proclaman una libertad que profanan y ultrajan, son ellos mismos responsables. Así comparten los federales con los carlistas la triste gloria de arruinar su país y destruir la patria. No bastaba asolar los campos; era preciso destruir las ciudades, paralizar el trabajo, matar la industria y disminuir la riqueza.

Imítense la conducta de los voluntarios de muchos pueblos de la provincia de Tarragona, prontos á combatir lo mismo á cantonales que á carlistas, practicando su oferta cuando el cura de Flix quiso apoderarse por sorpresa del pequeño pueblo de Lloá, acudiendo solicitos en su socorro los voluntarios de Gratallops, Belmunt y Vilella; y si hubiera en todos tan elevado patriotismo, otro aspecto tendría la guerra, y más próximo se vería su fin, para bien de todos y de la patria.

Lo hemos dicho en una obra, y no nos cansaremos de repetirlo, porque importa aprenderlo y no olvidarlo: que durante la guerra civil de los siete años debieron los carlistas la mayor parte de sus ventajas á la desunión de los liberales, quienes, como si nada tuvieran que temer, obedecían imprudentes á sus pasiones y ambición, y se destruían mutuamente, desatendiendo al común enemigo. En Cataluña, y con especialidad en Barcelona, fueron muchos los motines, asonadas y pronunciamientos que frustraban los mejores planes de los generales, paralizaban las operaciones, y obtenían triunfos y más prosélitos los carlistas. Lo mismo sucede ahora: la experiencia no enseña; la historia se olvida; la patria es la víctima.

### II

Dándose la mano con los de Cataluña, continúan los carlistas de Aragón aumentando y organizando su gente, y sacando recursos de los pueblos que invaden, no sin dejar de llamar la atención su empeño de no separarse de la derecha del Ebro, en lo que no pueden menos de tener algún fin, que podrán realizar cómodamente, si también aquí, como en el Principado catalán, les ayudan los federales, y si el ejemplo de Zaragoza, imitado últimamente en Fraga, aunque también reprimido, se siguiera por otros pueblos de aquella noble tierra.

Sólo instigados por enemigos de España, se puede comprender que haya aragoneses, que habiendo recibido las armas para defender la libertad, las empleen contra los que la libertad proclaman, y ayuden á los carlistas. Aberración política muy en armonía con la grande perturbación que en todo existe.

### III

Los carlistas que invaden las provincias de Castellón y de Valencia, se han movido también con grande actividad, excelente pericia y afortunado éxito.

Bajando de la montaña al llano, del llano á la costa, se han enseñoreado de la que á uno y otro lado de Castellón de la Plana se extiende, y se han acercado á la opulenta Liria, la Gran Edeta de los cartagineses y la Laurona de los romanos, de unos 10.000 habitantes, y á cuatro leguas de Valencia. Y á no haber acudido Weyler oportunamente y resistir bien la compañía de movilizados, se hubiera visto totalmente invadida, como lo fué el 29 de Marzo de 1836 por Pertegaz, enviado por Cabrera, que quedó á la vista, aunque no creemos que se reprodujeran las horribles escenas de que no se saciaba entónces el afortunado hijo de Tortosa, que después de los nacionales que se mataron, llevóse 27 prisioneros, fusilados en Chiva con otros, además de llevarlo todo á sangre y fuego. Cucala cogió ahora á las mujeres de los voluntarios que en Liria se resistían, para hacerlas marchar al ataque delante de ellos; pero las soltó al retirarse, y no ha habido que lamentar inocentes víctimas, que dañan al que las causa.

Santés, el más activo y atrevido de los caudillos carlistas del Oriente de España, y el que más fuerzas guía, desde Ademús, en la provincia de Teruel, merced á una de esas rápidas marchas, comunes en España y de asom-

bro en el extranjero, atravesó la provincia de Cuenca, pasando el Cabriel, luego el Júcar, y cayó súbito sobre Albacete, siendo simultánea la noticia de su presentación y la de su entrada, vencida la única resistencia posible de cinco horas de la escasísima guarnición y de algunos vecinos que se guarecieron en la torre de una iglesia.

Pocas ó ninguna condición de defensa tiene Albacete; pero es grande su vecindario, y aunque no tuviese muchos motivos para estar entusiasmado el espíritu público, que es lo que más alienta, es triste experimentar las consecuencias de una invasión, que por ser tan corta, no ha dado lugar á que aquellas sean mayores.

No quiso Santés hacer frente á las fuerzas que de Madrid y Valencia acudieron sobre él, y volvió al punto de su partida con excelente y gran botín.

### IV

Tan continuas y fructíferas correrías de los carlistas de esa parte de España, no podían menos de llamar poderosamente la atención del Gobierno, y en particular del entendido, activo y celoso ministro de la guerra, que hasta el preciso descanso debe robar á las necesidades de la patria, porque para atender á tanto, es preciso estar constantemente en su puesto, de continuo al lado del telégrafo, sin fatigarle la no interrumpida serie de telegramas; contestando *ipso facto* á unos y providenciando en el acto á otros, pues no de otro modo se imprime el movimiento que ha empezado á experimentarse en todo, debiendo exponerlo nosotros, áun á trueque de lastimar su modestia. Pero nos lo dicta la conciencia, y el país tiene derecho á que se le diga la verdad: los hombres públicos no se pertenecen á sí mismos.

La opinión pública reclamaba la creación de un ejército del centro, y ya se ha decretado, dando el mando al general Lopez Dominguez. En cuanto empiece á reunirse, la guerra variará allí de aspecto; los carlistas podrán eludir más fácilmente la persecución de columnas, que no se detendrán en los límites de una provincia ó distrito, y como no han cuidado mucho de tener puntos fuertes cuya conquista exigiese un sitio como en la anterior guerra Morella, Segura, Aliaga, Castellote, Alpuente, Cantavieja, Táles, Onda, Cañete y Beteta, si en el nuevo ejército del centro hay actividad é inteligencia, los resultados son seguros.

Los caudillos carlistas han cometido un grande error eludiendo todo encuentro: no han fogueado así sus fuerzas, y tienen gente, no soldados. Que han podido hacerlos, lo ha probado hasta la evidencia la jornada de Bocairrente.

### V

Moriones dejó al fin la costa cantábrica, con harta pena de los bilbainos, que esperaban ayuda, aunque sólo fuera para poner expedito el Nervion, y por Limpias y Ampuero tomó el camino de la Nestosa, y por los Tornos á Medina de Pomar, siguiendo por la derecha del Ebro á Miranda.

Los carlistas, que habían comprendido ántes que no seguiría el camino de la costa por Castro y Somorrostro á Portugalete, temieron que fuera por Balmaseda á Bilbao, y se corrieron á las Encartaciones, temiendo el grueso de sus fuerzas en la antigua Malseda, que baña el río Salcedon. Pero al ver que se dirigía á Castilla, amagaron un ataque en los Tornos; no pasó de amago; y aunque habían dicho que no dejarían pasar al ejército liberal, no lo han hecho, y han podido intentarlo sin gran peligro.

Ya en Miranda, y habiéndose detenido, algo tienen que temer los carlistas que invaden la llanada de Alava y la Rioja Alavesa, y no pueden contarse seguros en La Guardia, aunque hayan completado sus fortificaciones. Procuraron aumentar su gente, pero la reclutaron á la fuerza, y era tal el descontento de los 700 ó 800 hombres que recogieron, áun casados, que para que no se escaparan los han internado en Guipúzcoa, donde los instruyen á la fuerza.

La presencia del ejército liberal, y más si arroja de aquella comarca á los carlistas, despertará el espíritu público de los pueblos de la Rioja inmediatos al Ebro, que siempre se han distinguido por liberales, y con poca ayuda que se les preste el Ebro estará defendido por toda aquella parte, y en vez de pasarlo y repararlo á su placer los defensores de don Carlos, será una barrera insuperable.

En las guerras civiles el mayor auxiliar es el espíritu público; estímúlele el Gobierno con sus actos y el ejército con sus triunfos, y á la indiferencia sucederá el entusiasmo, á la guerra la paz.

A. PIRALA.



ESCENA AMOROSA EN CUBA (pelar la pava)



EL TINAJERO MURCIANO

Ayuntamiento de Madrid

## DON ANTONIO HURTADO

A los pocos años de haberse inaugurado el Instituto superior de Cáceres, de cuya cátedra de humanidades fué profesor por aquella fecha el entonces joven don Juan Donoso Cortés, de preclara é imperecedera memoria, ingresó en su aula un escolar, cuyo expresivo semblante y apacible trato conquistaronle pronto el afecto de sus compañeros, y aún la atención de su catedrático.

Era el mozo reflexivo é impresionable á un tiempo; era el joven catedrático elocuente y bondadoso, y no pudo ménos de observar que mientras él explicaba, no apartaba sus ojos de los suyos su nuevo discípulo.

Idéntica observación hizo el profesor de retórica y poética don Luis Sérgio Sanchez, ilustre humanista, sobrino del renombrado Mármol de Sevilla, y no tardó en afirmar, con acopio de buenos argumentos, que el imberbe muchacho tenía una decidida vocación por la espinosa carrera de la poesía.

No tardó tampoco en demostrarla el joven: no tenía diez y seis años, cuando escribió una comedia en dos actos con un título bien extraño, *La fortuna de ser loco*; y si el producto de aquella imaginación juvenil fué naturalmente embrionario, el título dió con justo motivo mucho que razonar, ya que gran razonamiento demostraba.

Aquel título, aquella obra, fueron las sagradas primicias del eminente poeta cuyas noticias biográficas motivan este artículo.

Dos años después se trasladó á Madrid, y acababa de cumplir los diez y ocho, cuando ya figuraba su nombre en los periódicos políticos de la corte.

La nueva senda que emprendió, arrastrado quizá por las circunstancias, y tal vez por el ímpetu de su carácter, le apartó algunos años de su natural y espontánea vocación; que si algo puede desgastar y hasta destruir la fe, alma de todo lo bello, es esa lucha mezquina de los partidos, inexorable druidesa que sacrifica en sus bárbaras aras á sus hijos predilectos.

Para fortuna de Hurtado, los incidentes que le forzaban, desengañado ya, á permanecer enclavado y secando su mente en una redacción de un periódico, se mejoraron. *La verdad en el espejo* fué la primera obra suya que vió representarse. En la siguiente temporada cómica dió á luz *El anillo del rey*, y esta producción decidió de su fama. Era lógico: con dificultad puede hallarse un estudio más espontáneo, más vivo, más fácil, del siglo de oro de la literatura castellana, ni un lenguaje más castizo y fluido que el de aquellos versos, cuya dulcísima armonía se desliza, para no borrarse jamás, en la memoria de los que hayan tenido la dicha de oírlos una vez sola.

Cargos políticos vinieron de nuevo á separar al poeta de la escena, hasta que al cabo de diez años de alejamiento, *El Toison Roto* acrecentó su reputación de autor dramático.

Después ha dado á luz las siguientes obras: *La Maya*, *Levir en la Sombra*, *La Jota Aragonesa* (ambas en colaboración con el señor Arce) *El Curioso Impertinente* (con la colaboración del señor Ayala), *El Argumento de un drama*, *El Busto de Elisa*, *Intriga y Amor*, *El Collar de Lescot*, *Nafragar en tierra firme*, *Sueños y realidades*, *El Cuarto de mi mujer*, *La Voz del corazón*, *Los Percances de Machuca*, *El Matrimonio secreto*, *En la sombra*, *La Nieta del Zapatero*, *Very Well*, *Entre el Deber y el Derecho*, y otras cuyos títulos no recordamos.

¿Cabe mayor fecundidad que la que patentiza el dato que antecede? Pues sin perjuicio de este verdadero catálogo de obras teatrales, el poeta ha escrito, como complemento de su inspiración legendaria, *Su Madrid Dramático*, serie de verdaderos dramas palpitantes de interés y de vida, en forma de leyendas, que es una de las mejores hojas de los inmarchitables laureles, que no conquista sólo en el palco escénico. La novela le es tan natural como la comedia y el drama, y prescindiendo de las que se titulan *Cosas del mundo* y *Lo que se ve y lo que no se ve*, el concienzudo estudio que revela *Corte y Cortijo*, libro con justicia premiado por la Academia, de la sociedad que fielmente retrata, le coloca entre nuestros primeros novelistas clásicos y entre nuestros más atildados prosistas. Nada más sencillo que su fábula, nada más original que su exposición, nada más bello, más fresco, más puro, y al mismo tiempo más verdadero, que el tipo de Carolina y el comienzo de sus amores con Cláudio en la pobre iglesia del pueblo, ni nada más gráfico que aquel gobernador enamorado y *muñidor* de elecciones, que es un personaje que alienta y habla, tan magistralmente delineado, que es im-

posible, de todo punto imposible, que no se agite orondo y sano en esta sociedad del pandillaje y jugadas de bolsa.

Recorrer así lo más ideal y lo más prosaico, colorear con igual seguridad de pulso el sublime drama que arranca de la preciosa leyenda *En la sombra*, y el asunto que encarna el pensamiento de *Corte y Cortijo*, y no encontrar obstáculo el poeta, y ver siempre nuevos horizontes, y estar *escribiendo hoy* á un tiempo otra obra para el teatro y una colección de poemas dialogados, cuya forma, enteramente nueva, ha de dar ocasión á polémicas que quilatarán más la gloria del poeta, ese es su innegable triunfo, triunfo que no se le podrá arrebatar nunca.

Con gran pesar del que apresuradamente escribe estas líneas, no tiene donde espaciarse. Para considerar las obras de Hurtado, su influencia en la literatura patria, la evolución que empiezan á marcar en ella, ¿qué son algunas columnas? ¿Cómo indicar siquiera las bellezas de estilo de su drama *Intriga y Amor*, demasiado delicadas para el gusto de la época y para las condiciones del teatro? ¿Cómo recordar, sin espacio para consignarlos, aquellos admirables versos de *La Maya*, cuyo carácter, como el de todas las leyendas del autor, se confunde con el de los mismos poetas de los siglos XVI y XVII?

No obstante, á fuer de imparciales,—y esto es su elogio también,—en la generalidad de los cuadros de época del autor, vemos ménos realidad que en los estudios que ha hecho del siglo en que vive, «exceptuando una obra, cuyas condiciones especiales rompan todo convenio teatral,» vemos en él, como poeta dramático, una propensión marcada á perfeccionarse, á aunar su forma envidiable con el desarrollo de una acción, cuyo efecto realista, en armonía con la exigencia del gusto general, sea inmediato y decisivo; y sin perder nunca ó casi nunca las galas de lenguaje y las delicadezas de sentimiento que constituyen su carácter peculiar, en su última obra *Entre el Deber y el Derecho*, se muestra conciso, como conviene á una obra de tales condiciones, que en su rapidez consiste lo hondo de la huella que marque.

Este adelanto es lógico en él, y ojalá nunca se despoje de esta eminente condición de su genio. Hurtado, ménos ecléctico que otros poetas, cuyas producciones tienen afinidades con algunas suyas, si eleva su vista á los misteriosos cielos que velan los más augustos misterios, se apoya en convicciones tal vez arriesgadas, pero que parten de un criterio concreto, que alejándose infinitamente de lo material, se apoya, no obstante, en procedimientos progresivos y racionales, como la vida, que es sólo un desarrollo.

De aquí lo compacto de su idealismo singularísimo; de aquí la esperanza que abrigamos de que aún en sus divagaciones más metafísicas no ha de buscar oriente en varios lumináres á la vez, sino en el que, después de serias reflexiones, le indiquen como guía su razón poderosa y los presentimientos progresivos de su conciencia.

Finalizando: Hurtado en su trato íntimo es, ¡circunstancia envidiable y casi incomprensible! el poeta Hurtado. Un no sé qué de eterna juventud y de hondo sentimiento que ejercen sobre el que le habla un fluido simpático se esparce en su semblante y en la melancólica expresión de sus ojos, cuando su espíritu se enciende en el santo fuego de la poesía; lee con una voz que suena á llanto y que consuela el alma; es delicado, llano y una especie de amargura conmovedora timbra su acento cuando habla de la lucha de la vida.

Tal es á nuestro juicio; tal lo trascribimos, y creemos sinceramente que hacemos un retrato.

Se nos olvidaba decir que le habíamos presentado muchos años ántes de conocerle.

RAFAEL DE NIEVA.

## UNA NOCHE EN EL VALLE

Nada hay más monótono que el aspecto de las grandes ciudades, donde los días se suceden con una regularidad que agobia, y donde el espíritu, encerrado como en una cárcel, no cambia nunca de horizonte, no tiene otras perspectivas que el conjunto de los tejados y las paredes, y no ofrece otra variedad que las calles por las que constantemente estais mirando pasar millares de transeúntes, que cruzan indiferentes á vuestro lado sin que derramen ni una gota de luz en vuestra alma, ni arranquen un solo eco á la callada musa de vuestras fantasías.

En cambio, apenas se abandona esa bulliciosa soledad y se espacia el ánimo en la tranquilidad de los campos, la menor brisa os halaga, la más pequeña yerba os admira,

el más diminuto insecto os detiene, y por todas partes sentís que el Universo os conmueve y os habla con su infinita mudez.

Yo de mi parte puedo asegurar, que en cuanto me siento alejado de los ruidos del mundo y en la serena compañía de los astros y de las plantas, veo cómo se sublima mi mente y cómo se exalta mi imaginación ántes dormida, haciéndome soñar con todo y enseñándome por todas partes á Dios.

Así es, que cuando me he apartado del populoso Madrid, en los pocos meses que gozo del mar y de las llanuras, del cielo y de las montañas, no he cesado un momento de trazar incorrectos bosquejos de mis impresiones, con esta pluma que yo creía embotada aún para los más tristes esbozos, y he reído en mi interior, ébrio de alegría, al ver que no se había agotado por completo en mí la sensibilidad del corazón, pues que todavía palpitaba al contemplar la belleza.

Entre los infinitos momentos en que me siento conmovido frente á estos nuevos paisajes, recuerdo con exquisito agrado el que voy á ensayar si puedo referir.

Era á principios de Setiembre. Hacia varios días que me hallaba en Oñate, y que gozaba con el hermoso espectáculo de este valle, rodeado completamente de montañas, algunas de ellas eternamente envueltas en una gasa de nieblas; cubierto por todas partes de esos extensos sembrados con que á fuerza de sudores el labrador cubre la tierra, y sombreado á trechos por las oscuras hojas de los recientes pinares, cuyas ramas miran los padres espesarse con la esperanza de que crecen para sus hijos.

Todas las tardes solíamos ir á recorrer aquellos poéticos campos, siempre regados por multiplicados arroyos.

Una de ellas nos habíamos alejado buscando la tranquilidad de la campiña, donde poder sentir en la expansión del alma de la hermosa de una noche de Otoño, y salimos del pueblo, en esa hora misteriosa en que el crepúsculo acaba y las oscuras tintas de la noche comienzan á extender sus sombras por los valles y por los montes.

Una escasa tiniebla velaba el universo visible, y daba á las cosas ese tono indeciso en que la imaginación se empeña en diseñar fantasmas, y mira en la negra silueta de solitario árbol la atlética figura de algún monstruo, centinela avanzado de la región de las sombras, ó se complace en forjarse con las ondulaciones de una nube la flotante vestidura de alguna diosa, que se recrea en dejarse mecer por el aire en el éter del cielo.

Marchábamos por un ancho camino; pero bien pronto, apartándonos de él, tomamos las veredas que de día frecuentan los trabajadores de los bosques, y entramos desde luego en una pequeña selva de castaños, donde la oscuridad, tendida, reinaba como la dominadora absoluta de aquellos escondidos recintos.

Impotentes á traslucir una salida en aquel umbrioso laberinto, nos detuvimos debajo de aquellas ramas, apenas movidas por los últimos vientos de la tarde, y nos sentamos sobre un lecho de hojas secas amontonadas allí, y cuyos restos, tostados por los rayos de ardiente sol, crugían y se quebraban al más pequeño de nuestros movimientos.

Allí, recostados, sin mirarnos, en una claridad eclipsada, en medio de una conversación indiferente, fuimos sorprendidos por los graduales tonos de un crepúsculo nocturno.

La luna tiene también su amanecer. Sabe también colorear á su manera sus auroras.

Un *crescendo* casi imperceptible de una luz tenue y dulce, que invade en silencio las encumbradas regiones, es su majestuosa alborada. Luego, los átomos del éter, iluminados pálidamente por detrás de los contornos sombríos del horizonte, anuncian su proximidad. Y por último, un vaporoso velo de transparencia dudosa, que se extiende por todas partes como las impalpables gasas de su manto, acompaña á aquel globo de suave claridad, cuya presencia conmueve el corazón y trasmite al alma como efluvios de melancolía.

La contemplación de los tiernos rayos que vinieron después á platear la alfombra que nos servía de lecho, nos tenía sumidos en el silencio, cuando oímos entre el canto de las cigarras ese indefinido cuchicheo que anuncia la cercana presencia de algún sér. Maquinalmente nos pusimos en pié, y nos acercamos, como movidos por inesperado resorte, al escuchar la alegre carcajada aguda que nos revelaba la compañía de una mujer. Un coro de risas contestó al primer grito, y comprendimos que no era una mujer, sino que eran varias. Sin decirnos una palabra,

apartando las ramas de los sotos que atravesábamos, nos acercamos en puntillas al lugar de donde habían salido aquellas voces.

¡Cuál no sería nuestra sorpresa al encontrarnos el cuadro de siete jóvenes, que, en una desnudez púdica, se bañaban con reprimida algazara en un recodo del terreno, donde se detenían las tranquilas ondas de un río que serpeneaba callado á nuestras plantas, y que lamía las raíces de los árboles, cuyas copas se doblaban esforzándose por besar aquellas aguas!

Escondidos tras de las ramas, las vimos gozar del placer que les procuraba aquella inocente diversion. Hablaban en vascuence, y sus entrecortadas palabras en idioma desconocido añadian más misterio á aquella rara aparición. Mi compañero, que era vascongado, me dijo que eran muchachas del pueblo. Quería decirme sus nombres, sus casas; pero se lo prohibí en aquel momento. Yo entonces hubiera querido olvidarme de todo lo terrenal que tuviera aquel conjunto de gracias, y trasportarme con la fantasía á esos pasados tiempos mitológicos, en que los lagos, los ríos, las praderas y los montes estaban poblados de ninfas, divinidades inferiores, que jugueteaban entre las aguas de los arroyos, ó se coronaban con las hermosas flores de los prados.

Largo rato estuvimos contemplando aquellas cabellos mojadados y caídas sobre torneadas espaldas, aquellos ojos que parecían puntos de luz, aquellos brazos modelados por la artística mano maestra de la Naturaleza, aquellos pechos apenas ondulados con la redondez de la mujer, y aquellos rostros por donde vagaba una eterna sonrisa.

Parecían ondinas que surgían del fondo del agua á jugar con las cambiantes luces que la luna derramaba en la linfa, ó que abandonaban sus húmedos lechos para venir á saludar entre espumas al astro de las meditaciones apacibles.

Pasados unos instantes, salieron á vestir aquellos cuerpos que habíamos sorprendido desnudos, y pronto aquellas núbiles formas quedaron cubiertas bajo modestas vestiduras. Entre bromas alegres se alejaron de la escasa selva, sin siquiera sospechar nuestra escondida curiosidad, y salieron desde luego á una angostísima senda. Nosotros las seguimos, y tuvimos ocasión de verlas correr hácia un pequeño prado, donde se sentaron sobre la yerba y comenzaron á entonar un *zorrico*, que parecía el himno de las montañas.

Hay un no sé qué de tranquilo en la voz fresca de la mujer lanzada en medio de la noche, y cuyas ondas sonoras parecen hacerse luminosas al comunicarles la luna el magnetismo de su mirada.

Pero cuando no es una voz sola de mujer, sino que son voces, y voces de jóvenes, que elevan, no una algarabía cualquiera que no conocen, sino unos acordes que sólo ellas pueden entonar con sus suaves y características cadencias, porque ellas los han creado, ó escuchando sus entonaciones han nacido; cantar de música dulce y llena de emoción, ora tendida como el llano, ora ondulada como la montaña, á veces triste como un sollozo, á ratos tierna como una sonrisa; entonces los espasmos del alma, los calofríos de la dicha le invaden á uno, le hunden, le sumergen en un océano de felicidad.

La ola armoniosa sube, envuelve el cerebro y anega el corazón en una marea impalpable de clamores y de melodías.

¡Un *zorrico*! es decir, una distinción de palabras amorosas que hablan al alma; un rumor de notas suaves que halagan el sentido; oleadas de un canto que no parece humano, que tiene algo de la selva y algo del cielo, que asciende como el aroma de las flores que nacen entre las piedras del monte, que baja como el aliento de las nubes que se acercan para ayudar á aquella inspiración; suspiro de no sé quién que vaga entre la gasa que arrastra y tiende en la campiña la luna; coro patético que ondula en la atmósfera y os penetra, como un lenguaje de sonidos y de frases que entiende todo el mundo, porque es la entonación cadenciosa é indefinida que modulan el bosque y la cañada, el valle y el monte, los pájaros y los labradores, y que el pueblo traduce en un ritmo corto y melódico, para elevarlo en los descansos de sus trabajos ó en las serenidades de sus noches, como un capricho espontáneo del arte, ó como la voz del creado que se levanta desde el planeta hasta Dios.

Es la condensación de la grandiosa sinfonía de la Naturaleza, la quinta esencia de todos los perfumes de la montaña.

Yo estaba como sumido en un éxtasis, absorto, inmó-

vil, atento, escuchando con respetuoso placer aquellas inimitables armonías, aquellos giros tiernos que daban á sus palabras, aquellas inflexiones especiales que comunicaban á sus voces; ahora era un *crescendo* que parecía levantar el cuerpo y hacerlo imponderable, luego una atenuación en el tono, que le reducía á uno en languidez sublime.

Si en aquel momento me hubieran ofrecido remontarme en alas de un ángel hácia el cielo, hubiera dudado al aceptar la oferta.

Pero desgraciadamente aquel concierto duró poco: una escala dulcísima, semejante al ruido de una cascada que crece de momento en momento; dos ó tres notas, sostenidas por la joven que parecía dirigir aquella deliciosa orquesta humana, y un arpegio trinado como el gorjeo de un ruiseñor, finalizaron aquella eufónica balada, que el universo entero, desde el arroyo hasta la brisa, se complacía en acompañar.

Las jóvenes callaron, y un instante después jugueteaban alegres y corrían sobre la menuda yerba con que se tapizaba el prado.

Un poeta aficionado al recuerdo de las divinidades olímpicas, al contemplarlas cómo jugaban después de sus cantos, no hubiera podido menos de soñar que era el ensayo que Euterpe preparaba para enamorar á Júpiter.

Mi compañero, vista aquella dispersión, me incitó á marchar, por lo que iba avanzando la noche, y poco á poco nos alejamos del campo, cuyo silencio sólo se turbaba con las continuadas risas de las jóvenes, mientras nosotros sentíamos apagarse los últimos acentos de aquellas alegrías á medida de nuestros pasos.

Aquella noche al retirarme no pude apartar de mi memoria aquel cuadro, y áun dormido, mis ojos cerrados, las veía entre gasas, con ropajes campestres, coronadas de rosas y recostadas sobre nubes en negligentes y artísticas posturas, y mis oídos escuchaban sus juveniles voces y sus arrobadoras armonías, más suaves aún en ese lejano sonido con que se escucha en sueños.

Oñate, 1872.

MANUEL ELZABURU.

### GRABADOS DE ESTE NÚMERO

RETRATO DE DON ANTONIO HURTADO (Véase pág. 38).

PELAR LA PAVA.—Una de las cosas que los españoles importaron en América, á pesar de que no creemos que lo haya dicho ningún historiador antiguo ni moderno, es la costumbre de *pelar la pava*. Donde haya españoles, y sobre todo andaluces, los novios hablarán por la reja, aunque el galán tenga entrada en la casa y pueda hablar libremente á su amada delante de sus padres. Lo más sabroso de los amoríos andaluces es el rato de conversacion que tienen, él desde la calle y ella desde la ventana, y por nada del mundo renunciarían á este placer. En América hay también esta costumbre, y el grabado inserto en la página 36 demostrará á nuestros lectores, que la raza española es la misma en sus costumbres al otro lado de los mares, que en las orillas del Guadalquivir ó en la playa de Málaga.

Como tipos populares, que pueden servir para el estudio de nuestras provincias y de sus costumbres más características, publicamos en la pág. 37 EL TINAJERO MURCIANO, y en la 45 EL PESCADERO MALAGUEÑO. Los dos son dibujos llenos de verdad y animación, y aquellos de nuestros lectores que hayan viajado por dichas provincias, no podrán menos de reconocer á primera vista los personajes que representan.

¡A LOS TOROS!... EXTERIOR DE LA PLAZA DE GRANADA (V. págs. 40 y 41).—A despecho de las poderosas razones que se aducen contra ellas, las corridas de toros son la fiesta más popular de España. Más fácil es por desgracia encontrar en nuestra patria poblaciones importantes que no tengan teatro, que verlas sin plaza de toros; y hasta en las capitales será fácil hallar gentes del pueblo que no han visto nunca representar una comedia, pero con dificultad se encontraría quien jamás hubiera asistido á una lid taurorámica. Lo más bello de esa función son los preparativos. La animación del pueblo que acude á la corrida, los toreros con sus airosos trajes, los vendedores que corren de un lado á otro ofreciendo frutas, bollos, abanicos, etc.; los chiquillos, que no pudiendo participar de la fiesta, aguardan en el exterior de la plaza para tener la

satisfacción de ver la cuadrilla y escoltar los toros y caballos muertos. Todo esto respira alegría, movimiento, vida, y forma un conjunto capaz de disipar la tristeza en el ánimo más abatido. El grabado que publicamos en dichas páginas representa el exterior de la plaza de Granada poco ántes de principiar la corrida, y en él puede verse todo lo que ligeramente hemos apuntado.

APUNTES DEL MONSENY.—El pueblo de Viladrau, cuya vista damos en la página 44, se halla situado en la falda del Monseny, partido de Santa Coloma de Farnés, provincia de Gerona. Desde el principio de la guerra civil fué uno de los más visitados por los carlistas, que han hecho de él como una especie de cuartel general de las fuerzas que tienen en aquella provincia. La posición topográfica del pueblo lo hace muy á propósito para este objeto, pues tiene á su espalda las montañas de las Guillerías, en que el famoso guerrillero don Juan de Serrallonga, mitad faccioso y mitad bandido, sostuvo en los tiempos de Felipe IV una guerra prolongadísima contra los ejércitos reales, que no lo vencieron sino á costa de mucha sangre y terribles penalidades. Estas montañas vienen á ser una fortaleza natural, poco menos que inexpugnable, propia para servir de albergue á las facciones en caso de experimentar algún revés, y tienen además la ventaja de que la proximidad del Pirineo asegura á los rebeldes una excelente retirada, si atacados en aquella posición, llegan á verse completamente vencidos y se encuentran obligados á abandonar la campaña.

## EL MANGO DE LEPANÇO

EPISODIO DE LA VIDA  
DE  
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA  
POR  
D. Manuel Fernandez y Gonzalez

(Continuacion)

### II

En que se trata de una música de enamorado, acabada no muy amorosamente á tajos y reveses

Volvióse el familiar desalado á casa de doña Guiomar, y sin más compañía que un alguacil que le llevaba la linterna, en cuanto hubo dejado con miedo, frío y hierros al rapista, y bajo cerrojos, y tomado recibo de su persona; y acontecióle al tal Ginés de Sepúlveda, que así se llamaba este honrado familiar, que no las llevaba todas consigo, y que decía para sí que él debía ser también preso y juzgado por la Inquisición; porque si bien se miraba, él había pecado, aficionándose á una mujer, por en cuanto á su voto de castidad, y había faltado á su obligación en no prender á quien se le había mandado prendiese; ántes bien, disculpádola, y excusádola, y puéstose por su pecado de su parte, sin importársele otra cosa; y hubiera querido que le naciesen alas para llegar pronto; y en fin, no vivía de miedo de haber ofendido á Dios, y de ánsia por que tardaba en ver aquel hermoso sol que, á la media noche, le había deslumbrado.

Iban alguacil delante y familiar detrás, estirando á cual más podían las zancas y alargando los pescuezos, aficionado el uno al agasajo que de seguro le harían en aquella principalísima casa mientras esperase, y desasosegado y agonizando el otro por volver á ver á doña Guiomar; y esperaba el alguacil que alguna linda doncella, ó dueña de no malos bigotes, viniese á él, por mandamiento de su señora, para hacerle menos enojosa la espera; que el alguacil no podía creer sino que á cosa de amores volvía el familiar solo á la casa, y sin color de justicia, y que por esto se había salido de la casa sin prender á nadie; y en cuanto al familiar, no pensaba nada, sino que de él tiraban duendes ó diablos para llevarle á su perdición; y aunque él no quería, salíasele el alma al mezuquino, como si su alma hubiese querido llegar súbitamente y juntarse con aquella otra alma que dentro de aquel hermosísimo cuerpo vivía.

Y yendo así y como disparados familiar y alguacil, y muy cerca ya de la casa de doña Guiomar, oyeron un rumor de voces que de la cercana revuelta de una callejuela venía, y como templar de vihuelas; cosas que daban á entender claramente que se trataba de dar música por algún enamorado á la señora de su pensamiento; y había por entonces una ordenanza que mandaba que de noche y á deshora no se diesen músicas por las



¡A LOS TOROS!... (Exterior de la plaza de Granada)



calles, so pena de dos días de cárcel y diez ducados para obras pías; y como la gente que sonaba junta á poco trecho parecía mucha y debía ser alegre y maleante, y ellos sólo eran dos, ó diríase mejor, uno y medio, porque el familiar aprovechaba poco, éste ordenó al alguacil torciese el paso por la boca de una callejuela que se veía á mano, y rodease, con lo cual el familiar creyó haber evitado aquella gente *non sancta*; pero vió, cuando dada la vuelta se hallaba á poca distancia de la casa de doña Guiomar, que á su puerta había un gran bulto de sombras como de hombres, del cual salía confuso rumor de voces recatadas.

Quedáronse tras la esquina familiar y corchete, y á poco oyeron que rompían en una muy armoniosa música las vihuelas, y que cuando se acabó el ritornelo, una voz grave y melancólica, enamorada y dulce, cantó el siguiente

## SONETO

Insensible es al sol el duro hielo  
De crudo invierno en el rigor impío;  
Agua en la primavera, en el estío  
En cálido vapor se eleva al cielo.  
Siempre insensible al amoroso anhelo  
Tuve el ingrato corazón vacío:  
Mi llanto, agora, por el bien ansío,  
Lava presto será de un Mongibelo.  
¿Quién, sino tú, señora, á tal mudanza  
Forzó á mi pecho helado y enemigo  
De todo amor y todo rendimiento,  
Que hoy espero sin sombra de esperanza,  
Vivo muriendo, y hallo mi castigo  
En la llama de amor que es mi tormento?

Calló la voz, y luego se oyó un profundísimo suspiro, que las vihuelas, que con el canto habían terminado su música, no pudieron cubrir con sus acordadas voces, y hubo algun espacio de tan grande silencio, que hubiérase podido oír el vuelo de un mosquito que por allí en aquel punto hubiera pasado; y aún duraba el encanto de la música, y el familiar no sabía qué pensar de lo que pasaba por su poco ántes ánima castísima, cuando con más concierto y dulcedumbre que ántes, volvieron las vihuelas al ritornelo. Amor parecía que volaba en los aires y lo llenaba todo; amor decían las vihuelas; de amor, escuchando en sus oscuros miradores palpitaba, sin saber por quién, y toda en imaginaciones sin sujeto, doña Guiomar, y amor iba emponzoñando en su dulce veneno el corazón del familiar, que veía delante de sus ojos, aunque allí no estaba, las doradas hebras de los sedosos cabellos de la viuda, y su frente de alabastro, y sus labios, que á una entreabierta granada se asemejaban, y sus ojos, con los que el claro azul del cielo de la alborada no pudiera competir; y batallaba el misero con aquel amor que tan de súbito se le había metido en el alma, como si hubiera sido tentación de Satanás, y no fuego celeste, que del infierno venía, y había tomado por bellas ventanas por donde asomase y dejase ver en la tierra los divinos ojos de la indiana.

Seguían en su ritornelo las vihuelas, limpiábase el pecho para empezar de nuevo, tal vez con alguna madrigal competidor del soneto, el encendido amante, cuando las voces de ¡ténganse á la justicia! que vinieron de lo alto de la callejuela, cortaron en su punto el puntear de las vihuelas, y dejaron lugar al chocar de los broqueles, que apresuradamente los músicos se arrancaban del cinto, y que tal vez al desenvainar las espadas daban contra sus gavilanes; y á poco, no era ya dulce música lo que en la calle se oía, sino áspero son de espadas, que por los raudales de chispas que de ellas saltaban, no parecía sino que se habían allí reunido todas las fraguas de Vulcano.

Apercibióse con asombro de sí mismo el familiar, de que el, que ántes había hecho sin empacho profesión de tímido, y tenido por gala el parecer prudente y bien mirado, no se asustaba de lo que ántes le hubiera causado espeluznos; é íbasele la mano al pomo de la espada, que hasta entónces había llevado por adorno, y sentíase más atrevido y más arrojado á todo que Gerineldos, aquel amante de la enamorada sobrina de Carlo-Magno; y pensaba que el del soneto había dicho bien, que tales mudanzas hace el amor, que no son para creídas, según que trastrueca á los que caen debajo su imperio, y de menguados los cambia en altivos, y de corderos en leones, y de no atreverse á mover un pié sin pedirle licencia al otro, en atropelladores de todo, sin que haya quebradura que

no salten, ni obstáculo, por insuperable que sea, que no venganzan; pero puesto que á él nada le iba ni le venía en aquello, y que ántes debía alegrarse de que la ronda le desembarazara la calle y le permitiera llegar á la puerta de la hermosísima viuda, que sin duda le esperaba, estúvose quedo y esperando á ver en lo que aquello quedaba, cuyo fin y remate, y de quién fuese al cabo la victoria no se veía muy claro: que la calle veníase abajo á cuchilladas; y no dulces requiebros enamorados se oían, sino juramentos y maldiciones, y ayes de aquellos á quienes alcanzaba alguna dura punta; y tanto duraba aquello y tan trabado, que claro aparecía que si los rondadores eran duros de pelar, no eran mucho más blandos los de la ronda, ni había allí que contar con manco ni flojo, según que arreciaba, cuanto más duraba, aquella tempestad de tajos y reveses.

Pero acertó á acudir por la parte de abajo de la calle otra ronda, que como venía de refresco embistió duro, y puestos entre dos potencias los músicos, hubieron de ceder el campo; así pues, cubriéndose el rostro con los embozos, y apretando dientes y puños, embistió cada cual con lo que tenía delante, sonaron algunos tiros de pistoleta, arremolináronse los alguaciles de ámbas rondas, y los músicos escaparon, dejando sobre la calle alguna vihuela rota y algun alguacil malherido; que de ellos, cuando se acudió al lugar de la pelea, no se halló ni uno sólo, ni se tuvo indicio de quiénes fueran, aunque harto claro dejaron conocer, por lo que hicieron, que todos eran hidalgos, y de los buenos.

Escapábase habían familiar y alguacil del Santo Oficio, cuando los alcaldes y los alguaciles de la justicia ordinaria pusieron en persecución de los que más bien que huían se esquivaban, por excusarse el familiar de preguntas y de respuestas con los otros alcaldes, y el alguacil por seguir á su superior; que lo que el familiar anhelaba era que la calle quedase libre para entrarse en la casa de la indiana, y contemplar otra vez al sol resplandeciente de su hermosura; y como iban corriendo por la callejuela que daba la vuelta á la manzana donde estaba la casa de doña Guiomar, vieron que un bulto, que delante de ellos iba, saltaba y se agarraba á las asperezas de una tapia, y se alzaba y se estiraba, y por el caballete de la tapia desaparecía; y no deteniéndose por esto, siguieron familiar y alguacil su carrera, dieron la vuelta, hallándose al fin del roleo en la misma calle de las Sierpes donde había pasado la pendencia, y vieron que en ella no había un alma viviente, ni se oía otro ruido que el del vienteillo de la noche, que zumbaba dulcemente en las encrucijadas.

Mandó el familiar al alguacil que allí le esperase, y él se fué á la puerta de la casa de la viuda, y llamó, y abrieron en cuanto dijo cuál era su calidad y oficio y que la señora le esperaba, y entró, se cerró la puerta, y la calle se quedó tan en silencio y tan pacífica, como solía estarlo á aquellas horas de ordinario.

## III

De como, sin esperarlo, hallóse la hermosa viuda con aquel su amor, que tan acongojada la tenía

Suspensa el alma, la mirada anhelante y fija, por descubrir lo que envolvía en sus sombras la oscura calle; aguzando el oído por coger una palabra, entre el murmullo de las voces de los que hablaban bajo sus miradores, que le fuese indicio de quiénes eran los que en aquella hora la rondaban, la hermosa indiana estúvose con su doncella Florela; y asomándose á la entreabierta vidriera de una ventana de su cámara, en la cual había matado la luz, toda era cuidado y toda congojas; que enamorada estaba, no embargante su viudez, lo que decía con harta elocuencia que, ó no había amado al difunto marido, ó que le había amado tanto, que, por la dulce costumbre, sin amor no podía pasarse. Y el caso era que el nuevo dueño, al cual su alma se rendía, había sido tan cortio en manifestarla su afición y tan rápidamente había pasado delante de ella, diciéndola, empero, con sus encendidas miradas su deseo, que no parecía hombre enamorado que en ocasión se pone de contemplar á la deidad que adora, sino alma en pena y cobarde que cree tan menguados sus merecimientos, que esquivo cuanto puede ser reparada por miedo del menosprecio; y justamente por esto doña Guiomar le había estimado; por aquella su timidez, la grandeza de su amor había

medido; que no hay afición sin cuidado, ni pasión sin ansia; ni es amor el que con mortales recelos no desconfía del logro de la victoria; y esto lo saben bien las mujeres, y tanto más cuanto por su hermosura son más pretendidas y buscadas y acechadas; y doña Guiomar, que lo era grandemente, aunque no saliese de su casa más que entre dos luces, y aún así para ir á la iglesia, sabía lo más que otras.

La esperanza de que el sujeto de su amor, encubierto con el amigo manto de la tenebrosa noche, viniese á decirle sus amantes penas con la regalada cadencia de la encantadora música, despertándola de su inquieto sueño, tenía á la hermosa indiana, toda anhelo, toda impaciencia, toda oídos y toda ojos; y cuando oyó la voz doliente, dulce y grave del que cantaba, y los conceptos de la amorosa canción, abriéronse las entrañas para recibir en ellas el encendido suspiro que fué de la canción fin y remate, y confirmación del alma de lo que habían dicho los labios; y salióse de la suya otro tan amantísimo y hondo suspiro, que si el cantor le oyera, no se tuviera por venido á un valle de lágrimas, sino á un encantado paraíso; y no le oyó, porque á punto sonó el ¡ténganse á la justicia! de la ronda, tras lo cual vinieron las cuchilladas y el tumulto.

Acongojóse con esto doña Guiomar, y al suelo viniera traspuesta, si no la sostuviera en sus brazos su fiel doncella Florela; y cuando todo pasó y renació el silencio y tornó la calma, bañados de lágrimas los dulces ojos y la bella color mudada, dijo á Florela con una voz en que se entendía claramente lo que en su alma había de temor y de esperanza: ¡Ay, amiga Florela, que si esto es amor, á Dios pluguiera que nunca hubiera yo amado en mi vida! ¿y quién había de decirme á mí que á tal punto había de traerme un hombre á quien no más que tres veces he visto, y aún así como sombra que pasa, ó mentida imágen de un sueño, que al despertar se pierde? A lo cual respondió Florela suspirando: Cosa es el amor, señora, que no há menester más que un punto para rendir á su imperio un alma; y tanto más, cuanto más esta alma está anegada en tristezas, y huérfana de dulces afectos. Calla, Florela, dijo doña Guiomar enjugando sus lágrimas, que me parece que alguien viene.

Entreabrió á punto la mampara un paje, asomó la cabeza, y dijo á su señora que el familiar del Santo Oficio que había estado ántes, había vuelto, y que decía que por la señora era venido; y doña Guiomar mandó le llevasen al estrado, y que le rogasen que allí esperase.

(Se continuará.)

## LA GUERRA EN ESPAÑA

(Conclusion)

## II

Nada, sin embargo, puede compararse con el espectáculo que ofreció la guerra de la Independencia. En ella fueron elevadas á un grado capaz de convertirlas en sistema, que había de servir en el mundo militar de modelo, las costumbres guerreras nunca abandonadas de los españoles. En más de seis años que duró la guerra, las huestes napoleónicas no tuvieron un punto de reposo, no dominaron otro territorio que el que pisaban, y vieron diariamente diezmas sus filas por el fuego ó el hierro de los que no desperdiciaban hora ni ocasión de impedir sus expediciones, estorbarles los abastecimientos, de aprisionarlos, en fin, herirlos y áun asesinarlos. Cada montaña ó río ofrecía una posición; cada pueblo era una plaza de guerra; cada bosque ocultaba una celada, y cada roca al cazador de los que el patriotismo español tenía por enemigos de su fe, de su independencia y del monarca deseado de la nación. ¿Qué más? el alojamiento, donde los soldados que habían arrostrado con fortuna los huracanes de Austerlitz y de Jena creían encontrar abrigo contra la intemperie y descanso á las fatigas incomprendibles hasta entónces para ellos, no era sino el cementerio, en que léjos de la patria y maldiciendo de las ambiciones de su amo, iban á perecer sin el estrépito y la gloria que ama tanto el militar francés. Artesanos y abogados, médicos y labradores, aparecieron con ínfulas de grandes capitanes; y por justificado que al primer golpe de vista pareciera el desprecio que hacía ellos mostraban los mariscales de Napoleon, lo cierto es que salieron de España avergonzados del malogro de sus combinaciones, vencidos y huyendo á su Fran-

cia, para encontrarla esquilada por la guerra, abatida por los reveses, puede decirse que muerta.

Pero, ¿cómo quedó España?

Aún muestran los campos, las aldeas y hasta las ciudades más populosas, los signos de aquella lucha devastadora, en que los primeros en aplicar la tea á sus casas eran los españoles, con impeler al enemigo por el estímulo de sus extraordinarias venganzas, á quemar y destruir cuanto se oponía á sus proyectos militares. Y tan justificadas se creían con eso las represalias de una parte y otra de los beligerantes, que hasta nuestros aliados se consideraban con derecho á ejercer toda clase de violencias, que, como es de suponer, recaían siempre sobre los habitantes y sus moradas, no sobre los enemigos en quienes, y sólo en ellos, se respetaban las leyes de la guerra. Los franceses, por su carácter de invasores, con el pretexto además de castigar resistencias que no querían creer justificadas con el derecho de la defensa, y los ingleses y portugueses por no hallar desahogo á sus iras ni cebo á su venganza más que en las haciendas y en el honor de los moradores de las plazas que conquistaban, todos se afanaban en destruir y matar, sin recordar los unos que decían haber venido á restablecer la España en el concierto de las naciones civilizadas, ni ver los otros que aquella tierra era la de sus amigos ó hermanos. Los españoles, ya que no en sus aliados, se encarnizaban más y más en los invasores; resultando con eso y con lo dilatado é injusto de la lucha, la más cruenta, asoladora y salvaje que registran los anales de los tiempos modernos.

¿Podrá, empero, de todo esto deducirse con fundamento, que los españoles carezcan de idoneidad para la concepción y la práctica de las grandes operaciones de la guerra regular y metódica?

De ninguna manera.

Vedlos si no fuera de España. En Sicilia primero, y despues en Cannas y el Metauro como auxiliares de Cartago, vencen ó se hacen matar sin romper su formación, en el mayor orden y la más rigurosa disciplina. Por valientes, pero más que por valientes, por leales y subordinados, los tienen á su intermediación los Césares y sus generales en Roma y las fronteras del Danubio y del Eúfrates, y las legiones iberas combaten por uno ú otro de los que se disputan la púrpura; mas no pocas veces constituyendo el nervio de los ejércitos y la esperanza de los pretendientes. Los almogavares de don Pedro de Aragon y de Roger de Flor, serán todo lo agrestes, procaces y sanguinarios que se les quiera pintar, pero guiados por un genio superior, con operaciones perfectamente ejecutadas, en ordenanza correcta, en pos de sus banderas y al grito de ¡Aragon! ¡Aragon! vencen, rompen y destruyen ejércitos que el imperio griego tenía por incontrastables, y detienen por siglos la conquista de Constantinopla por los turcos. Con la unidad española y el renacimiento de la milicia permanente, sobrevienen las guerras de Italia, y allí es donde aprende la Europa que nuestra infantería es la primera del mundo, que nuestros ginetes vencen á la famosa gendarmería francesa, y que los generales españoles, además de establecer una perfecta disciplina en las tropas, idean y ejecutan movimientos, así estratégicos como tácticos, que servirán de estudio y de ejemplo á los militares y filósofos. Otro tanto sucede poco despues en Alemania y Flándes; y si los descubrimientos y conquistas que por entónces se realizan en el Nuevo Mundo y en los mares de la Oceanía no se reducen á una forma técnica, bajo el punto de vista militar, es por el carácter y el estado de cultura de aquellos pueblos, no porque los capitanes que los sacan de las tinieblas en que yacían envueltos, carezcan de las dotes que tanto hacen brillar á sus camaradas de Europa.

Luego los españoles son muy distintos dentro que fuera de la madre patria.

¿En qué consiste?

En que dentro de España las maneras antiguas de acudir á la defensa nacional, atravesando los siglos á favor de lo que infundadamente se ha creído su éxito, y como producto del espíritu conservador innato en nuestros compatriotas, han impedido la solidificación, si así puede decirse, de los ejércitos permanentes. Creáronse, aun cuando en pequeña escala, para la conservación del orden en el interior de la monarquía; pero al extenderse en fuerza material y en organizaciones que la robusteciesen, fué ya con miras de otra índole, con las de resistir la fuerza y las organizaciones que

se hacían operar contra España en países ligados á ella por intereses políticos ó de sangre. Con los ejércitos permanentes aparecieron también las aptitudes para regirlos, y en tanta conformidad con los elementos de que estaban formados y en tal número, que cuesta trabajo distinguir si es el valor y la disciplina de los soldados, ó el genio y la pericia de los capitanes los que proporcionaban á España los rápidos y decisivos triunfos que la pusieron á la cabeza de las demás naciones.

Pero hay más. Los mismos regimientos que en la guerra de sucesión habían necesitado del ejemplo y la ayuda de las tropas francesas para asegurar la corona en las sienas de Felipe V, poco después, constituyendo ejércitos numerosos gobernados por generales propios, que sólo habían de guiarse por sus inspiraciones y las órdenes del gobierno español, alcanzaban triunfos importantes en Italia, arrancando á la influencia austriaca provincias que se transformarían en reinos para la dinastía borbónica.

No llegaba, con todo, á hacerse consuetudinaria en España la guerra en su forma más general, la de las grandes operaciones sujetas á los principios fundamentales del arte. La batalla de Bailen, una de las que por su plan, la manera con que fué puesto en ejecución y los resultados admirables que produjo, debía acreditar esa forma y alentar á su adopción al iniciarse la guerra de la Independencia, apareció á los ojos de los españoles desautorizada como ejemplo de la campaña siguiente del Ebro y en las sucesivas del Tajo y del Guadiana, volviéndose los ánimos hácia la costumbre antigua, no desacreditada ciertamente con los combates del Bruch y del Ordal, ni con las defensas populares de Zaragoza y Valencia. Todas las esperanzas se volvieron á fundar en el valor, no en la pericia; y el personalismo ibérico, asomando de nuevo la cabeza en una sociedad con cuya civilización parecía incompatible, produjo á millares los guerrilleros, esto es, los hombres de la guerra de fuego.

Lo hemos dicho en otra parte, y queremos reproducir el párrafo siguiente, porque en él se condensa nuestro pensamiento de hoy, y ha de servir de principal argumento á las conclusiones del presente escrito: «Pero si esto era,—decimos en la *Historia de la guerra de la Independencia*,—como no podía ménos, un daño gravísimo, fué irreparable el que produjo el sistema de guerrillas en lo que pudiéramos llamar «la exageración del personalismo á que dió lugar, «en lo mismo que tanto contribuyó al éxito brillante, glorioso, decisivo de la guerra, pero que fué causa de lo terrible, cruento y destructor de «las civiles que despues han destruido nuestro país. Hombres sin educación militar, y sin los alcances suficientes para descubrir el límite á «que debían aspirar en sus empresas, pensaron «que lo que en aquella ocasion daba resultados, «debía constituir un sistema general, invariable, «y en su empleo creyeron ver la revelación de «una fuerza nacional, y á la vez la de la personal suya. Influidos en la embriaguez del triunfo «y de la satisfacción de su amor propio por la divi- «sion característica de los españoles, á la menor «oportunidad y con el pretexto más frívolo, trataron de imponerse hasta á sus mismos conciudadanos, y no hubo causa nacional, política, ni «aun de interés de provincia en que no se apelara «á ese sistema, en que no se amenazase con todos «sus efectos y con todos sus errores. Y las guerras civiles, las sublevaciones contra la autoridad, «lo que sólo debía tener el carácter de una representación ó de una queja, tomaba la forma de «una guerra antigua, la de fuego. Los que la habían hecho por su independencia y los fueros de «su nacionalidad, empleaban con los soldados de «la patria y con sus propios vecinos, los ardides, «las violencias, los asesinatos que les habían dado «renombre. La protección á la autoridad, la santa «defensa del hogar, constituían para ellos un delito si se hacían en representación de otros principios políticos ó de bando distinto, y procuraban «castigarlas derramando la sangre y esparciendo «la misma desolación en el país, que años ántes «habían derramado y esparcido sus injustos y pro- «vocadores enemigos.»

«Imposible,—añadíamos,—por ese camino la «constitución definitiva de la patria; imposibles «su prosperidad y engrandecimiento; seguras su «postración y su ruina.»

¿Y cuál, se nos dirá, es el remedio á mal tan grave é inveterado?

La constitución sobre bases sólidas del ejército permanente. Es necesario, y cada día más urgente, cambiar lo que algunos creen ser la naturaleza del pueblo español, y no es sino la costumbre, hija de sus divisiones intestinas y de la impotencia que ellas producen.

Hay que desarraigar de este país esa idea jactanciosa que cada uno abriga de su suficiencia para, aisladamente y sin arte, influir con la fuerza personal que una ilusión mentida le permite atribuirse, así como en la defensa nacional, en la resolución de los problemas de la política interior, por trascendentales que sean. Hay que hacer comprender á los españoles, y á cada uno de ellos en particular, los gravísimos perjuicios que irroga á la nación el uso de la fuerza así entendido. Es preciso, en fin, como ha dicho muy bien un periódico, salvar á España de los españoles; y para eso hay que hacerla militar é impedir que siga siendo guerrillesca.

No hace mucho tiempo, que hombres importantes de nuestros bandos políticos, hijos á la vez predilectos de la milicia española, tomaron ese rumbo, creando un estado militar todo lo sólido que podía esperarse en estos tiempos de turbulencia crónica, y consiguieron lauros indisputables fuera y dentro del territorio de España. Las armas españolas no desmerecieron del brillo y disciplina de las de sus aliados en las dos ocasiones en que debieron intervenir para la tranquilidad de Portugal y el restablecimiento del sódico pontificio en Roma, ni dejaron de revelar en Africa la disciplina, el valor y la abnegación de los primeros ejércitos de Europa. Las intentonas de nuevos disturbios fueron sofocadas casi instantáneamente en el interior de España; y es seguro que de haber continuado fortaleciendo nuestro estado militar, y educando, por decirlo así, el país con lecciones de orden y de obediencia, no tendríamos hoy que lamentar las desgracias que como un aluvion van cayendo sobre nuestra desventurada patria.

La guerra civil nuevamente encendida, ha crecido con los errores de nuestros llamados hombres de gobierno, que no creyeron jamás había de llegar un momento en que echarían de ménos aquella fuerza. Era, sin embargo, el único dique opuesto á las invasiones del carlismo, siempre vigilante de las ocasiones propicias y obstinadísimo, cual ninguna otra idea, en las innumerables que se disputan la regeneración de España. Ahora se apela de nuevo á esa fuerza; pero sin ser quizás tarde, se hace con el recelo de quien no quiere contradecirse, y las banderas carlistas, no escarmentadas ejecutivamente, se mantendrán compactas, aunque no triunfantes. Y la guerra seguirá en el camino, hasta ahora sólo iniciado, de las violencias, recrudesciéndose con la lucha y aumentando en encarnizamiento proporcionalmente á su duración, que promete ser muy larga, si no se hace un llamamiento al patriotismo de todos. Pero ese llamamiento, si ha de ser eficaz, ha de traducirse por la creación de una fuerza pública, que al mismo tiempo que al carlismo, se imponga por su número y organización á los partidos que con sus exageraciones le han dado nueva vida y consistencia.

Vuelven á asomar por el horizonte las llamas que revelan la guerra antigua; los cabecillas de la anterior civil de siete años, ó sus hijos y discípulos, tornan á las correrías, que sólo pueden ejecutarse con el terror ó el castigo de los pueblos; todo anuncia la destrucción de la agricultura, de la propiedad, la industria y el comercio.

Hay que buscar recursos con que impedir tamaña catástrofe, ó evitar al ménos su reproducción más adelante. ¿Dónde se encontrarán?

Ya lo hemos dicho: en una organización militar robusta, que inspire confianza á todas las clases de nuestra desquiciada sociedad, y la acostumbre á ver en el ejército su brazo más fuerte para la defensa nacional, su escudo más sólido contra el desorden, y la garantía más segura de sus derechos políticos; el obstáculo, en fin, insuperable para las tiranías de arriba y para las tiranías de abajo.

José G. DE ARTECHE.

## LA MOMERÍA

ARTÍCULO II

Desde los tiempos más remotos de la tradición y de la historia, se encuentran noticias de danzas simbólicas, sagradas y profanas, ejecutadas por



APUNTES DEL MONSENY (TOMADOS DEL NATURAL POR EL SEÑOR PADRÓ)

- 1. Vila de Viladrau.—2. Iglesia parroquial de Breda.—3. Saval's.—4. Cementerio.—5. Viladrau.—6. Formacion de una partida carlista. Ayuntamiento de Madrid

personas de calidad ó por cuadrillas de danzantes y de músicos, ya disfrazados con trajes ajenos á su estado ó sexo, ya con las caras embadurnadas ó enmascaradas, ya llevando en las manos bastones, ramos, tirsos, antorchas, plumas ú otros objetos apropiados á las circunstancias.

Las primeras dinastías del Imperio chino ya conocían muchas clases de danzas simbólicas, cuya descripción ha vulgarizado Amiot en su traducción del *Li-Koang-Ty*, en cuya obra se cita igualmente otra danza famosa, cuya invención y cuya música se atribuyen al emperador *Ou-wang*, que vivía hace más de treinta siglos.

En los pueblos de la India no podía ménos de ser muy vulgar y casi santificada la danza, cuando á su propio dios Brahma, el primero de su trinidad, le daban por esposa una bailarina. Así es que las famosas bayaderas constituían colegios bajo la administración de los sacerdotes brahmanes, colegios que eran una especie de conventos ó serrallos religiosos, en los que ellas se ocupaban principalmente en ejecutar delante y al rededor de los altares sus danzas simbólicas. Esto no impedía que existiera otra numerosa clase de danzarinas libres, llamadas *natches*, las cuales andaban de pueblo en pueblo ejercitando su arte, con la circunstancia de no permitir en sus danzas la compañía de hombres, como no fuera á título de bufones ó payasos, y aun así *disfrazados de mujeres*.

Aparte de estas danzas propiamente dichas, se conocían en la India diversiones de muchos géneros, á las que sus habitantes eran muy aficionados, con especialidad á las representaciones escénicas y á las *mascaradas*; aun hoy día, según cuenta un distinguido viajero, acostumbra enmascararse con disfraces tan extraños y tan prodigiosos, que muchos europeos confiesan haberse visto obligados alguna vez á tirarse al suelo, para con ménos peligro poder reirse del espectáculo que tenían á la vista.

De los antiguos hebreos es cosa averiguada la gran intervención que daban á la danza en todas sus fiestas, medio civiles, medio religiosas. Esta intervención constante es precisamente la que ha hecho creer que la danza era una parte del culto entre los israelitas.

Podría citar multitud de ejemplos en apoyo de esta verdad; pero me limitaré á extraer lo que hace más al caso en cuestión, tomándolo de *El Thalmud* y otras obras análogas.

Dicen estas, que la fiesta más grande y más

popular entre los hebreos, era la *escenopegia* ó fiesta de los tabernáculos. Cuando debía empezarse, iban los concurrentes ántes de amanecer á la casa de *Hascioavah*, llevando en las manos ramos de mirto, de sáuce ó de palmera, en cuyos ramos colgaban limones. Junto á dicha casa había cuatro gigantescos candelabros de veinticinco metros de

las farolas de *Hascioavah*. En seguida se organizaba una inmensa *panegyria* ó romería, formada de toda la multitud asistente. Los sacerdotes y los levitas cantaban alabanzas al Muy Alto, y todos se dirigían en masa hácia la casa del Señor. Cuatro hombres devotos y de conocidas buenas costumbres *danzaban con antorchas encendidas*, cantando himnos y cánticos; *los levitas hacían lo mismo*, y por todas partes se oía sin cesar el sonido de los kinnor, los nebel, los címbalos, las trompetas y otros instrumentos músicos.

Hay escritores que ven en las fiestas de los hebreos muchas reminiscencias de costumbres de los egipcios y de otros pueblos, particularmente de Grecia, y una prueba de esto hallan en la fiesta que instituyó Judith con motivo de la libertad de Bethulia, en cuya fiesta las mujeres israelitas danzaban llevando guirnalda y tirsos á la manera de las bacantes (1).

La historia de Grecia suministra abundantísimos materiales para la de todo género de fiestas, y en particular para la de los juegos y danzas. Unos y otras eran de tal variedad, que bien puede asegurarse que no se ha conocido ni visto desde entónces hasta nuestros días cosa de estos géneros, cuyo origen ó cuyo uso no se halle entre los griegos, adornado con los brillantes colores de su fecunda mitología.

Muchos graves escritores de aquellos tiempos tratan extensamente de estas materias. Hoy parecería ridículo que un sábio, como Sanz del Rio, por ejemplo, se ocupara seriamente en aprender á bailar; pero entónces se consideraba cosa muy natural que el viejo Sócrates tomara lecciones de danza de la célebre Aspasia, y que Platon tratara con detenimiento de esta materia en varias de sus obras. En una de estas, y de las más serias, divide en dos grandes grupos todas las clases de danzas y de canciones danzadas en coro: 1.º

danzas serias, que imitan los cuerpos mejor formados por medio de movimientos graciosos; 2.º las danzas cómicas, que imitan los cuerpos contrahechos por movimientos grotescos y ridículos. Extiéndese Platon en enumerar las subdivisiones de estas danzas, concluyendo que de las danzas serias nació luego la tragedia, y de las grotescas el drama satírico y la comedia.

El culto de Baco en su origen, fué con especialidad homicida: en los himnos atribuidos á Or,

(1) *Judith*, cap. XV, v. 2.—El pasaje que indica esto se omite en la *Vulgata*, pero consta en los *Selenita*.



(Tipos populares) EL PESCADERO MALAGUEÑO

altura, según dicen los rabinos, donde se guardaban los vasos destinados á los sacrificios. Estos candelabros eran una especie de torres con farolas en lo alto, cada una de las cuales tenía cuatro escaleras. Un número igual de jóvenes sacerdotes, de los que debían ser próximamente iniciados, llevaban grandes vasijas conteniendo cada una quince libras de aceite, y subiendo por las dichas escaleras, lo echaban todo en las farolas. Con cinturones y femorales viejos de los sacerdotes se hacían las mechas, que en seguida se encendían, dando tan gran resplandor, que no quedaba en Jerusalem casa á la que no llegasen los reflejos de

feo se da á aquel dios el sobrenombre de *Inhumano* ó *Salvaje*. Así es, que las antiguas fiestas de Baco, las *agrionias*, han dejado multitud de recuerdos por sus excesos y asesinatos. Los furiosos de las bacantes de Beocia y de Tracia son muy particularmente célebres, y se cree probable que en aquellas horribles fiestas, después de haber danzado las bacantes en corro al rededor de sus víctimas humanas, las despedaban y se las comían.

Con el tiempo esta horrible práctica fué suavizándose, hasta convertirse en simplemente conmemorativa. Los grandes civilizadores de Grecia reformaron y dulcificaron estas costumbres; la inmolation de animales sustituyó á la de hombres; Orfeo y Museo (á quienes Luciano llama *excelentes danzantes*), cambiaron aquellos coros de caníbales en danzas místicas y simbólicas; el culto de todas las divinidades griegas se humanizó, y sin embargo, el de Baco, último venido de Oriente, conservó siempre algo de su furia y de su violencia originarias.

En los tiempos anteriores á Téspis, los coros báquicos participaban á un tiempo del carácter de las danzas serias y de las cómicas, que ántes he citado. En tanto que las cuadrillas de bacantes *disfrazadas de Satiros y de Panes*, montadas en burros á imitación de Sileno, y haciendo sonar ruidosamente crótalos ó cascabeles de bronce, se entregaban á todos los excesos de las deshonestas danzas fálicas, otros danzantes dionisiacos, cubiertos con pieles de ciervos y con blancos vellos de ovejas, coronados de hiedra, de ramas de tejo ó de encina, *las manos provistas de tirsos y de antorchas*, el cuello y la cintura rodeados de culebras, conservaban, en medio de su frenesí religioso y de la vehemencia convulsiva de sus movimientos, una especie de grandeza imponente y poética.

Otras fiestas, de las más célebres en Grecia, eran las llamadas *panateneas*, que se celebraban en Atenas en honor de Minerva. Había grandes y pequeñas panateneas; las pequeñas eran anuales, y las grandes quinquenales; las pequeñas, que duraban tres días, empezaban el día 20 del mes undécimo del año ateniense, llamado *thargelion*; el primer día, ó mejor dicho, la primera noche, se destinaba á una *carrera con antorchas*. Este ejercicio, denominado *lampadodromia*, se efectuaba en la misma Academia ó en su propio barrio, llamado Cerámica, lo mismo que en las fiestas de Prometeo y de Vulcano. Un pasaje de Platon (1) autoriza á pensar que tambien en el Pireo se ejecutaban algunas veces carreras de este género. La *lampadodromia* consistía en *llevar corriendo una antorcha encendida*, y trasmitírsela de mano en mano sin dejarla apagar. Los espectadores tomaban tambien parte en el juego, pegando con unas tabletas ó con la palma de la mano á los *lampadóforos* que llegaban los últimos al límite de la carrera, ó que dejaban apagar su antorcha respectiva. Este ejercicio se hizo primeramente á pié, y más tarde algunas veces tambien á caballo, según dice Platon en el lugar citado.

Al llegar aquí, no puedo ménos de traer á la memoria el juego de sociedad, ya conocido en España en el siglo XVI con el nombre de *Toma, vivo te lo doy*, del que habla don Luis Milan en su *Cortesano*, y que mis lectores habrán jugado muchas veces, pasándose de mano en mano y soplando un papel encendido después de haber dicho:

*Sopla, vivo te lo doy;  
si tú muerto me lo das,  
tú me lo pagarás.*

Tambien, por otros conceptos, es digno de ser recordado el moderno carnaval de Roma, con los *moccoletti* ó cerillas encendidas que se arrojan mutuamente los enmascarados; y en particular, no puede ser olvidada la costumbre que en muchos pueblos de España, y sobre todo en Madrid, vemos seguida todos los años en la noche del 5 de Enero, cuando regocijadas cuadrillas de gente del pueblo van corriendo de un extremo á otro de la población, provistas de antorchas encendidas, sonando cencerros ó calderos, y llevando engañado á algun pobrete cargado con una escalera de mano, para subirse á ver la llegada de los Reyes Magos, y con una gran espuerta de paja y cebada para ofrecerles un pienso en cuanto lleguen. En estas carreras, que suelen á cada instante interrumpirse para que los corredores hagan ora-

(1) De República, lib. I.

ción en nuestras modernas ermitas de Baco, ¿habrá quien deje de reconocer los vestigios de los antiguos lampadóforos de Atenas?... Pero no adelantemos comentarios, y sigamos tomando apuntes.

Las referidas fiestas de Baco en Grecia suministran tan abundantes materiales para la historia de la danza y de los espectáculos, que sería el cuento de nunca acabar si yo me ocupara en reunirlos ahora. Me limitaré, por lo tanto, á recordar algo relativo á las caretas ó mascarillas que en aquellas tuvieron su origen, sin embargo de ser este asunto de escasa novedad para algunos de mis lectores.

En los primeros tiempos, cuando se celebraba la fiesta de la vendimia, los concurrentes á ella se pintaban las caras con mosto, costumbre que hoy se conserva en algunos pueblos de España. Más adelante, cuando aparecieron los célebres *mimos*, éstos, para hacer sus juegos, danzas ó representaciones escénicas, se tiznaban las caras con hollín, ó se las tapaban con membranas de papiro. El célebre mimo *Sicion*, que luego sirvió de tipo al *Planipes* romano y al moderno *Arlequin* bergamasco, se la cubría con un platon tejido de la especie de tomillo llamada sépol, con hojas de acanto en la parte superior, y llevando además una corona de hiedra y de violetas. Después, cuando la tragedia y la comedia adquirieron mayor importancia, se perfeccionó mucho la careta, conocida en griego con los nombres de *mommo*, *prosona* ó *cion*, y después en latin con los de *persona* ó *larva*. Las caretas entonces se hicieron artísticas, construyéndolas de madera pintada, y añadiendo las pelucas y tocados que servían para caracterizar bien los personajes que habian de representar los actores que las llevaban puestas. Lo ménos veinticinco clases de caretas diferentes se usaban para la tragedia, y cuarenta y tres para la comedia, llegándose á construir algunas tambien con los labios cerrados para los personajes mudos ó de acompañamiento.

El pueblo romano, al conquistar el mundo, no se contentó con apropiarse las riquezas materiales, sino que hizo suyas hasta las costumbres de los pueblos conquistados. Particularmente de Grecia tomó tanto, que llegó á decirse por escritores latinos, que los griegos habian sido en realidad los verdaderos conquistadores de los romanos, y no éstos de aquellos. Hasta la misma lengua griega llegó á ser en Roma tan corriente, que la aristocracia, en particular, hacia de ella más uso que de la suya propia; y de la literatura no hay que decir nada, sino sólo recordar el precepto de Horacio:

*Vos exemplaria Græca  
Nocturna versate manu, versate diurna.*

Así es que del pueblo romano poco podré decir que ya no haya dicho al tratar de las naciones que le precedieron, cuyas religiones y costumbres casi todas tomaron carta de naturaleza en Roma, aunque con las ligeras modificaciones ó adelantos que iba haciendo la raza latina. En algunas cosas, sin embargo, los romanos, no sólo no avanzaron en cultura, sino que parece como que trataron de retroceder á la primitiva barbarie de los griegos. Una prueba de esto se halla en el culto misterioso que en Roma se daba al dios Baco por una sociedad secreta y horriblemente licenciosa y homicida, cuyos actos semejabán los de las antiguas bacantes de Beocia y de Tracia, y cuyas ramificaciones se extendieron por toda Italia. Celebrábase esta conjuración (como la llama Tito Livio) con varias ceremonias, entre las cuales la más inocente consistía en *carreras de mujeres disfrazadas de bacantes*, con los cabellos destrenzados, que recorrian de noche las orillas del Tiber con *antorchas encendidas*, cuyas antorchas sumergían en el río y las sacaban en seguida, sin que se apagaran, en razon á estar preparadas con una mezcla de azufre y de cal. La historia conserva el triste recuerdo de tales excesos con el nombre de *Bacanales de Roma*; pero tambien conserva el texto del decreto del Senado, que los reprimió por fin muy severamente en el año de Roma 567.

Subsistieron, sin embargo, otras fiestas públicas, entre las que figuraban las delicadas á Saturno, llamadas Saturnales, que pueden considerarse como los primeros grandes bailes de máscaras, á imitación de los cuales dió uno muy licencioso la célebre Mesalina en los jardines de su palacio, cuyo baile tuvo sangrientas consecuencias, según refiere Tácito.

El cruel Neron era tambien muy aficionado á

esta clase de fiestas, á las cuales solía concurrir disfrazado de una manera indecente, para cometer con más libertad sus habituales excesos y brutalidades.

Ateneo refiere que Planco Lucio, prefecto de las Gálias, dando un baile de esta clase en Lyon, se presentó disfrazado de Gláuco, dios marino con cola de pescado, danzando de rodillas á la manera de los volatineros.

Antes de todo esto, ya se celebraban tambien en Roma otras fiestas, llamadas *lupercales*, en las que los jóvenes más ilustres de la aristocracia, tomando un disfraz (que más bien era desnudez), recorrian las calles de la ciudad danzando y pegando á las mujeres con unas correas, que suponían ser remedio contra la esterilidad. Y en tiempos más antiguos aún, ya se usaba la danza sagrada de los sacerdotes sálíos, instituida por Numa en honor de Marte, de cuya danza, conocida ántes por los griegos con el nombre de *Pirrica*, conservamos en España los vestigios en la *espatadanza* del país vasco, y en las *danzas del paloteo* que en otras provincias se ejecutan por cuadrillas de hombres disfrazados caprichosamente, ya en ocasiones de fiestas públicas ó religiosas, ó ya en los días de carnaval.

F. A. BARBIERI.

(Se continuará.)

## CRÓNICA TEATRAL

Entra en prensa este número cuando van á estrenarse dos obras: en Apolo la comedia en cuatro actos y en verso, *Fiarse del porvenir*, y en el Español la comedia de magia *Las Manzanas de Oro*.

Escrita la primera por un antiguo y reputado escritor, se le augura un éxito feliz; sin más noticias de la segunda que su incitante título, aseguran algunos que proporcionará colmados rendimientos á la empresa, que á todo gasto va á presentarla al público.

Nuestra tarea de hoy está circunscrita á la ejecución magistral de *Un marido como hay muchos*, lindísima producción del Sr. Navarrete, y al éxito de *Jugar con fuego*, cuya música y cuya letra, de dos eminencias artísticas, son harto conocidas para tener que analizarlas.

Obligamos, sin embargo, á tratar particularmente del desempeño de la zarzuela clásica de Barbieri, su indisputable valía, y el ser uno de los modelos del género lírico nacional, que se ha propuesto presentar de nuevo en la escena el Sr. Obregon, con mejor deseo tal vez que medios para llevarlo á efecto.

El público, el mejor testigo de esta verdad, con verdadero entusiasmo acudió la primera noche en que se representó la obra, ansioso de saborear su introducción admirable, impregnada de carácter y de gracia; sus motivos armónicos, esencialmente españoles, legítima y gloriosa conquista del más original de nuestros compositores; su brillante y nutrida instrumentación, y los fáciles é ingeniosos diálogos de aquel libreto, en cuya trama y exquisita forma se destaca la mano maestra que le escribió y el profundo ingenio del nunca bastante llorado Ventura de la Vega, honra y encanto de la escena contemporánea.

Pero ¿bastaron estas circunstancias, ni las notables dotes de cantante de la señora Santa María, á dejar cumplidos los deseos laudables del actor-empresario?

¿Pudieron ocultar ajenos defectos la maestría y el apasionado sentimiento que desplegó la aplaudida tiple en todos sus *cantábiles*, y muy especialmente en la famosa romanza del tercer acto, que *fraseó* y dijo arrancando nutridos y justísimos aplausos?...

Como deseamos que nuestras humildes consideraciones no *huelguen*; como se objetivan en el afán intenso que sentimos por el progreso y perfeccionamiento de la descuidada escena española; como además *Jugar con fuego* es una de esas obras que deben presentarse con respeto, con discreción, con completa inteligencia de su valía, confesaremos que, prescindiendo de la eminente artista que supo hacer sentir el personaje de la enamorada Duquesa, no supimos ver, ni armonía en el decir de los actores, ni inteligencia de la castiza frase de los preciosos diálogos, que morían en sus labios, ni mucho ménos del libreto, que es una preciosa comedia de intriga, ni esa unidad tan importante en todas las manifestaciones del arte escénico.

No se ofendan por nuestra insignificante opinión los actores del Circo; más que á ellos, artistas líricos al fin, se dirigen nuestros amistosos consejos á los actores en particular: el defecto que últimamente mencionamos es una de las causas primordiales de la decadencia del arte; y ocur-

re, con menos disculpa y raras excepciones, en los teatros de drama y de comedia, quizá por el fatal prurito de creerse directores todos los artistas de una compañía; quizá porque los que como tales figuran, si es que figura alguno, eruditos, queremos concedérselo, en cuanto concierne al conocimiento de épocas y trajes, descuidan ó ignoran lo más importante, el decir *acorde* los actores, y el que éstos, desde el primero al último, desde el galán al racionista, se den cuenta del pensamiento capital de la obra que declaman, de cuya vida todos sin excepción deben vivir unas horas.

Corroboramos nuestro aserto lo que ocurre en ciertas piezas, concienzudamente estudiadas y dirigidas por el popular Mariano Fernandez, y tenemos un placer en hacerle justicia, ya que su entusiasmo y su fe no disminuyen, sino se acrisolan con los años; todo converge en ellas, todo luce, aun representadas por medianías; el público no desperdicia uno de sus chistes, y goza porque ve unidad; esa unidad,—no importa el género,—que le ha hecho aficionarse á algunas producciones bufas, dirigidas por el inteligente Arderius, esa unidad, que oculta tantos lunares y pone de relieve las menores bellezas; y de ejemplo puede servirnos la escena de Molière, á la que nada tendría que envidiar la de Tirso y Moreto, si el estudio acompañase á la imaginación en este país privilegiado en grandes poetas y en actores de génio; esa unidad, en fin, que presta aplomo, convicción y soltura al actor más humilde de los teatros clásicos de Francia y de Italia.

Terminamos por hoy nuestra tarea, elogiando sinceramente al señor Catalina y á su compañía, que presenta un cuadro completo en la linda comedia de Navarrete, en la que merecen especial mención, no sólo el estudioso actor-empresario, que tan justa fama tiene adquirida en el género ligero, del que se enseña por completo, sino la señora doña Matilde Diez y los señores Parreño y Calvo, que justifican con la constante parte que toman en la acción de la obra, las observaciones que sirven de principal objeto á estas líneas, prolijas quizá, pero no inoportunas en el decadente estado de nuestra escena.

RAFAEL DE NIEVA.

## POESÍA

### Á AMÉRICA

Las olas á millares  
la aprisionan en círculo de plata...  
blandamente la arrullan los dos mares,  
donde su bella imagen se dilata...  
Titánica y sublime cordillera  
del Septentrion al Sur cruza su seno;  
al cielo su gigante cabellera  
elevan cien volcanes; es su halago  
el iracundo estrago  
del huracan en fiera sacudida,  
y de su suelo en los fecundos poros,  
fuego rebosa, juventud y vida.

Cuando baja la tarde  
á morir en las olas de Occidente  
y en roja lumbre el horizonte arde;  
cuando el batel oscila  
entre la oleada azul, grave y tranquila,  
y el pescador cantando alivia el alma,  
y su remo destila  
perlas de fuego sobre el mar en calma,  
y allá léjos, muy léjos,  
diminuta distingue una vela  
de la tarde á los últimos reflejos...  
¡á tí mi mente presurosa vuela!

Tus mágicos encantos se imagina;  
en tus espesos bosques se adormece  
y sus dulces misterios adivina;  
entre tus raudas ráfagas se mece...  
vuela fugaz desde tu mar helado  
á la frondosa vega  
do suspiran los céfiros suaves,  
y á la altura el concierto se despliega  
de mil pintadas caprichosas aves...  
Y desde el precipicio  
donde la tempestad hinche los senos  
de la ronca y rugiente catarata,  
á los golfos serenos  
do tu virginea frente se retrata!..

¡Cuántas veces, al rayo de la luna,  
mirando el mar tranquilo que besaba  
la dulce playa en que rodó mi cuna,  
por la orilla al azar vagando solo,  
y al contemplar las olas que serenas  
descendían del polo

á besar de tus costas las arenas,  
sin calma suspiré, y al fin rendido,  
mi espíritu quedóse adormecido,  
creyendo ver el mágico portento  
de tanta maravilla  
como en tu seno virginal se encierra,  
aquella extraña y apartada tierra  
que con himno sublime cantó Ercilla,  
y do quiera ostentando ilustres manes,  
cubriese tu grandeza con las sombras  
de Hernan-Cortés, Pizarro y Magallanes!...

Ahí donde tú estás, y te admiramos,  
y soñamos contigo, donde el vuelo  
extiende á su placer la fantasía  
bajo la luz de tu brillante cielo,  
el viejo mundo nada más veía  
al dirigir su vista al Occidente,  
caos informe, hasta el glorioso día  
en que reta Colon al fiero Atlante;  
y cuando de él se burla un hemisfério,  
otro nuevo, de vida exhuberante,  
saca de entre las sombras del misterio.

Lo que no existe crea  
quien halla lo ignorado,  
al sacro impulso de divina idea.  
Vivir á un mundo hiciste...  
mas, si tal vez su creador no fuiste,  
pues de la vida la fecunda llama  
sentía en su aislamiento,  
su redentor, Colon, hoy te proclama...  
Otro Jesús para ese mundo has sido...  
¡Él redimió, desde su cruz pendiente,  
de la opresión al viejo continente,  
tú al nuevo continente del olvido!

Cuando tu nombre escucho,  
¡cuál me conmuevo, América... y en vano  
por refrenar mi sentimiento lucho!...  
Breve del corazón huye la calma,  
¡y es que dentro de mí se agita estrecho  
algo de tus volcanes en mi pecho,  
y de tus tempestades en mi alma!

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

## MODAS

### CRÓNICA SEMANAL

Estudiando la historia de la moda hasta en los tiempos más remotos, no deja de llamar nuestra atención la influencia que en las innovaciones y cambios de la caprichosa deidad, tiene la escena dramática.

Así vemos copiar en 1640 del traje de una afamada actriz los vestidos llamados *á la virgen*, y en 1684 las célebres mangas *Amadis*, que por primera vez luciera en la ópera del mismo nombre la cantatriz Marta Rochois, la cual creyó deber adoptar aquella forma, con el objeto de cubrir sus delgados y mal formados brazos.

Ocurrencia fué y donosa la de la misma Rochois, cuando en 1692 se presentó en la ópera *Tetis* con una especie de banda de encaje negro anudada á un lado, y con la que consiguió una ruidosa ovación; hé aquí el motivo:

Deseoso el príncipe de Orange de sorprender á las tropas francesas acampadas en Steinkerque (Hainaut), cayó de improviso sobre ellas, y los oficiales, sorprendidos durante su sueño, apenas tuvieron tiempo de ponerse lo más indispensable y correr al combate, derrotando al príncipe, que audaz ó imprudente los atacara.

La noticia de aquella victoria llegó á Paris, y en la misma noche presentóse la actriz con el accesorio indicado, como para recordar el triunfo de aquellos soldados que pelearon á medio vestir; y todas las damas ostentaron durante algun tiempo *la steinkerque*.

Recogidos á un lado eran los trajes en 1703; pero imponente y majestuosa madame Dancourt en el papel de Glicería en la *Adriana*, se hizo admirar doblemente por el traje largo que ostentaba, y el que, si bien nada tenía

## MADRID

de griego, agrado sobremanera imponiendo aquella forma, que fué aceptada, así como más tarde los zapatos bajos, que hacían resaltar la pequeñez de los pies de la Camargo.

Recuerdo haber visto en uno de mis viajes por Alemania, el retrato de una mujer hermosísima del siglo XVIII, y cuya cabeza estaba adornada con un largo velo blanco, una corona de flores negras y media luna de plata; era la moda de 1774, copiada del traje que en la *Ifigenia* de Racine vestía la actriz que representaba á la hija de Agamenon.

La seda llamada tornasol, se debió á la bella Dugazon, cuyo traje en *Blasa* y *Babet* era azul y rosa.

Ya en nuestro siglo, alguna de nuestras lindas lectoras conservará tal vez el retrato de la cariñosa abuela, peinada á la china y con agujas de oro ó perlas con colgantes, que la más bonita actriz de este siglo, madame Albert, inventó para su papel de *Nida* en el *Labrador chino*, de Berton.

De nuestra escena, también con frecuencia se copian trajes y peinados que lucen las actrices de merecida fama, aun cuando siendo hoy más extranjeros que nacionales, sólo podrían representar una época marcada de la historia de nuestra patria, pues de lo contrario, no son sino un facsímile de las modas francesas.

Estos curiosos detalles surgían de nuestra memoria al encontrarnos días pasados en la casa de una dama conocidísima en la sociedad madrileña, por su belleza y su exquisita elegancia, y que acababa de escoger para los bailes de máscaras un traje *Adriana Angot* y otro *maravilloso* de 1790.

Entretenida estaba en leer una carta que á mi llegada abandonó, mas como en ella enviaban algunas noticias concernientes á modas, supliqué me hiciera partícipe de su lectura.

«El azabache blanco, decía, es uno de los adornos más bonitos y elegantes sobre terciopelo negro, en traje blanco, rosa ó azul.

»En uno de los bailes dados últimamente en Paris, llamó extraordinariamente la atención un vestido de gasa blanco, con espencer de terciopelo negro y gola *Médicis*, con otra interior de tul.

»Otro lindísimo era de gró de Lyon blanco, cubierto de volantes por delante y con túnica de encaje negro anudada por detrás: el corpiño formaba chaleco con solapas de encaje; una guirnalda de violetas de Parma adornaba la cabellera, peinada á lo *Médicis* y bastante elevada.

»A estos trajes, acompañaban capas de cachemir ó paño blanco, con adornos grana y cordones y borlas de seda.» Precisamente nuestra amiga nos mostró, una vez concluida la carta, dos trajes que en aquel momento la enviaba su modista: uno era de calle y otro de casa.

El primero era verde, de faya, con un volante al borde y cuatro anchos bullones; la falda formaba semicola. Una túnica de terciopelo verde más oscura, figuraba delantal por delante y puff por detrás, guarnecida con banda de pieles *petit-gris*; el corpiño era de terciopelo semi-ajustado con manga de faya bullonada; una toca de terciopelo verde con plumas y lazos de cinta, completaba tan precioso como elegante traje; bandas de pieles cortaban los bullones de las mangas, y también bordeaban la toca.

El destinado para casa era de Biarritz, marron oscuro, guarnecido con bieses atravesados en el delantero y hebillas de nacar; la túnica era de la misma tela, pero en color claro, con semi-cola y abierta desde el pecho con solapas y lazos marron oscuro y hebillas de nacar; gola *Médicis* y manga idem; peinado elevado, y un lazo marron con hebilla de nacar en el cabello.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de otra señora, quien al tomar asiento llamó mi atención por el distinguido traje que vestía: era de paño gris, adornado con un volante de terciopelo violeta, cuya cabecilla estaba sostenida por una banda de piel de Astrakan; la polonesa ceñía el esbelto talle, y figuraba por sus mangas y adornos de pieles, una casaca húngara con cordones de pasamanería en el pecho y hebillas oxidadas; toca de terciopelo negro con pluma gris, y manguito de Astrakan. La tarde concluía, y para reservarse del frío de la noche á su salida, dejó sobre una silla un abrigo Mac-Gregor, hecho de paño azul muy oscuro con arabescos de pasamanería y borlas; un segundo cuerpo figura pelerina larga por detrás y manga *dorman* por delante: este precioso abrigo estaba bordado con ricas pieles negras.

Amable y complaciente, nos hizo ver nuestra amiga y dueña de la casa dos sombreros tan nuevos como graciosos.

Uno era una toca Carlos IX de terciopelo negro, sembrado de azabache con plumas negras y cinta de azabache; una flecha de azabache adornaba el frente. El segundo, propio para traje de riguroso invierno, era de castor negro con biés de terciopelo y lazo grande de esto mismo; un mirlo verde con reflejos azules cubría uno de los lados del sombrero; este modelo lleva por nombre *Egmont*.

También sobre un pequeño velador hojearnos un álbum de figurines para máscaras, y entre otros, uno de *Italiana*, que se componía de falda azul con delantal á listas argelinas; corselillo de terciopelo negro; camisa de batista; collar de perlas de oro; dos alfileres con gruesa cabeza de oro, sujetaban el gracioso tocado de batista.

Otro, *Renacimiento*, lo componía una falda rosa; corselillo de terciopelo grana bordado con oro: tenía aldetas redondas, abiertas por detrás y con escote cuadrado; manga ancha abierta; otra interior de tul, también flotante, y una tercera rosa, ajustada; tocado de terciopelo grana bordado con oro; de la cima del peinado se desprende un velo de tul, el cual se prolonga hasta el borde de la falda.

Lindo también era uno, estilo *increíble del 94*: falda color salmon con listas azules, adornada con un volante al biés y cabeza; corpiño con aldetas por delante, *puff* por detrás y aldetas; cuello recto; corbata con gran lazo; sombrero con *aigrette* de plumas, y hebilla de acero.

A pesar de ser graciosos todos estos trajes, lo más distinguido, lo más elegante, es un dominó negro con adornos de color grana ó azul, y para los próximos bailes de Apolo, sabemos que más de una abonada ha tomado por modelo el dominó que Matilde vestía en el segundo acto de *Un marido como hay muchos*.

Próximamente nos ocuparemos del Carnaval y de los bailes de trajes que deben llevarse á efecto, uno de ellos en casa de los señores de Malpica.

Nuestras bellas lectoras empiezan á preocuparse de tan importante cuestión.

BARONESA DE WILSON.



I.—Aldeana. II.—Jardinerero. III.—Reina de la noche. IV.—Increíble. V.—Traje Angot.

## EXPLICACION DE LOS FIGURINES

### Modelos iluminados

*Traje para visita.*—Vestido de poplin de Irlanda gris hierro: la primera falda, que forma cola, está adornada con cinco bullones, separados por terciopelos; dos volantes, uno de terciopelo y otro de poplin, adornan el borde del bullonado. Túnica de terciopelo muy larga por detrás con volantes; corpiño de poplin gris con aldetas y manga de terciopelo; sombrero de terciopelo negro, adornado con bieses de gró del color del vestido, plumas y azabache.

*Traje para calle.*—Vestido de faya verde Isly: un bullonado de seda lo guarnece, y grandes picos de terciopelo adornados con rizados de seda; dos quillas bordeadas con terciopelo separan los paños del delantero, el que forma delantal por medio de bullonados bordeados con terciopelo y picos más pequeños que los del borde de la falda.

Túnica drapeada, recogida con pasamanería y cordones; un encaje adorna el borde; corpiño redondo por detrás con aldetas largas por delante, y solapas de terciopelo; escote *fichú*,

### Modelos en negro

#### TRAJES PARA MÁSCARAS

I. *Aldeana.*—Disfraz para niña de doce años: falda de reps con listas azules y blancas; sobrefalda de seda blanca con flores Pompadour, y recogida á un lado; corpiño con aldetas; cintas de terciopelo azul que cruzan el pecho dejando ver una pechera de raso blanco; cofia de blonda con *puff* de rosa.

II. *Jardinerero.*—Calzon corto de reps gris; media de seda; zapatos de becerro claro con lazos de rosa gris; chaleco Luis XV con aldetas y bolsillos; sobretodo-levita de fular Tussor, con forro gris; cuello Colin, vuelto; rosa en el hojal.

III. *Reina de la noche.*—Jovencita de diez y ocho años: falda de terciopelo azul cielo, sembrada con estrellas de plata; segunda falda de tisú plateado ó raso gris, recogida graciosamente á un lado por medio de una escarapela que forma luna, y de donde se escapa un lazo de cintas; corselillo de terciopelo azul; collar con estrella; media luna en los cabellos.

IV. *Increíble.*—Traje para niño de diez á doce años: calzon de paño gris tórtola, sujeto con cintas rosa; el chaleco corto, con listas blancas y cereza; cinturón negro, del que están suspendidos varios dijes y unos anteojos voluminosos. Chaqueta con solapas rosa; corbata formando chorrera; sombrero de castor negro con lazo de gró por detrás, y escarapela y cordones por delante; una banda de raso rosa cae de la cintura hasta los tobillos por detrás.

V. *Traje Angot.*—Vestido para niña de ocho años: falda de poplin cereza un poco corta, permitiendo ver el zapato *Moliere* con hebillas doradas; delantal de faya negra con guipur de lana, y otro de muselina con la punta izquierda recogida en el lado derecho; bandas de terciopelo caen por un lado; *fichú* de encaje; collar con cruz de perlas doradas. Cofia de muselina con terciopelo negro y escarapela cereza.

MADRID: 1874

Imprenta de Astort hermanos

Calle Cuesta de Ramon, número 3